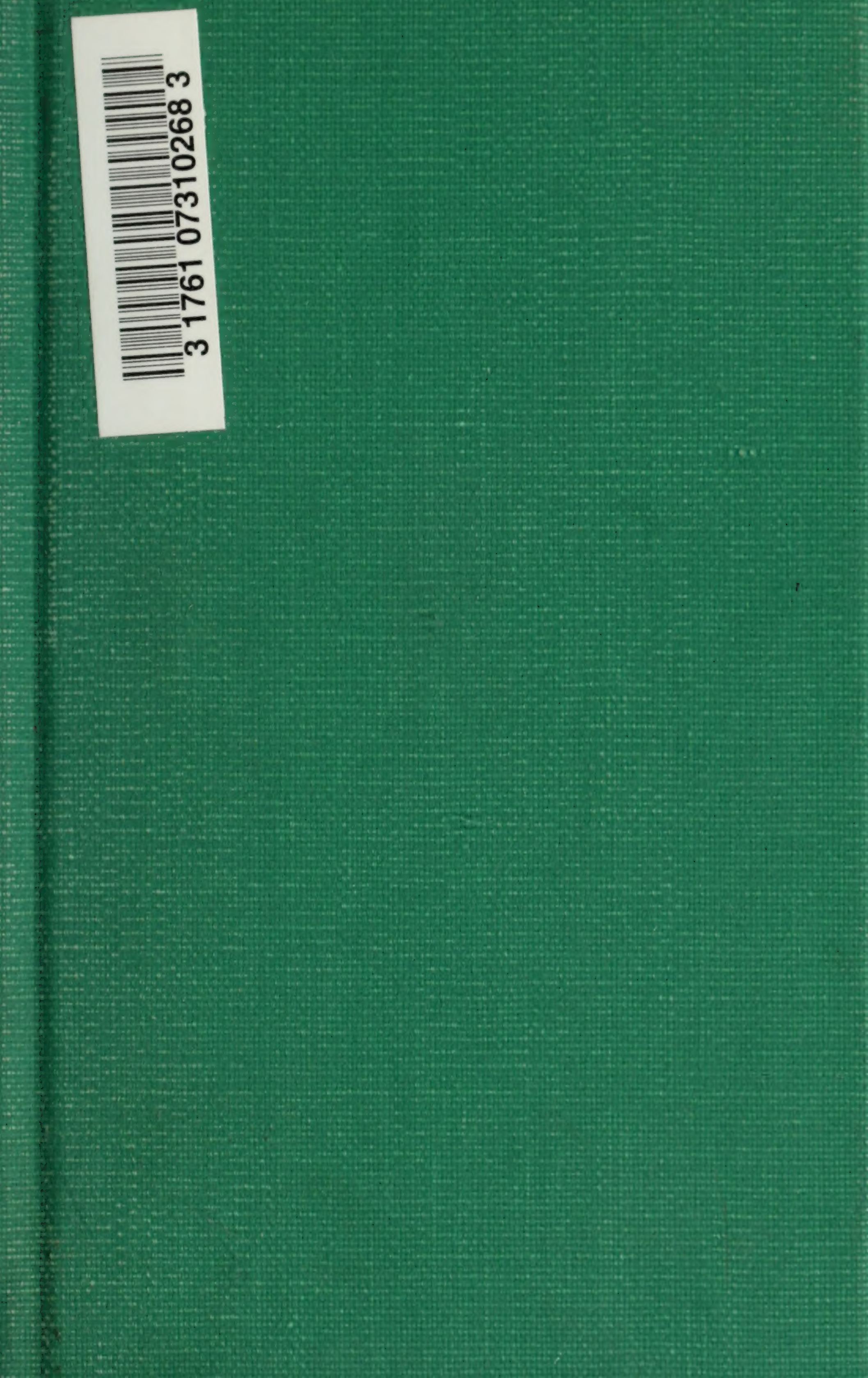

3 1761 07310268 3

EDUARDO TALERO



Voz Del Desierto

(Edición de la «Sociedad de Escritores» de Buenos Aires.)

BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA DE M. RODRÍGUEZ GILES
B. MITRE, 1423
1907


LIBRARY
13 1977
UNIVERSITY OF TORONTO

ÍNDICE



PREFACIO

PREFACIO

Este libro ha tenido un móvil sano y entusiasta: sano porque es resultado de un desborde de salud perdida en las ciudades y recuperada en clima patagónico; y entusiasta porque lo inspiró una de esas alegrías que surgen de la tristeza ahondada por el pensamiento solitario, como brota en la aridéz el chorro de aguas vivas bajo el taladro perforante.

Nacieron estas páginas de la comunión férvida de mi sensibilidad con la belleza de los Andes.

Por eso son libres.

Quizá por eso adolezcan de excesivo brillo tropical y de líneas demasiado audaces y atrevidas.

Los que no ignoran cuánto es de amable el

pais hospitalario para el alma dolorida de un proscrito, se explicarán el amoroso celo del autor por el sol y el aire que durante varios años se le han filtrado en la sangre, iluminando tristezas y endulzando el corazón.

Propagar el secreto de mis bálsamos, en un pais que se ha impuesto la nobilisima tarea de compartir el júbilo de su adolescencia con el dolor universal, me ha parecido deber de gratitud y obra de hidalgo.

El sentimiento que dá unidad á este volumen, es el de la alegría vigorizante y sedativa que reservan los campos para los espíritus en cuita.

La excesiva permanencia en las ciudades, oxida los nervios con el detritus del industrialismo, y así embotados nuestros imanes internos, se produce una sensibilidad artificial sin reacción sobre los flúidos de la tierra y sin capacidad de asimilar oro solar.

Quienes, en su apostura de retores, no quieran ver en estas páginas mi propósito sincero, sepan de antemano que para los sudamericanos vale más la libertad dorada y casi loca de los Andes, que el ascetismo caliginoso de la retórica fósil.

A los que pretendan clasificar mi estilo con el herrete de tal ó cual amo de letras, les ruego le toleren llevar su indómita vida de bagual, que él ya renunció para siempre á los arneses blasonados y á los aplausos de la pista.

La plausible bancarrota de las escuelas literarias, ha dejado en pié lo único digno de respeto: la sinceridad.

Este libro la tiene.

Si hay quién lo moteje de frondoso ó de febril, culpe á su autor de visionario y delirante, pero respete la independencia leal con que está hecho, y el anhelo de presentar fielmente al público, el desfile de imágenes aparecidas, al operarse la transfusión libre de la sensibilidad con el desierto.

Y pues que todos los pueblos de la tierra porfían hoy por acentuar su literatura regional, urge al americano hacer lo propio, máxime cuando en el extranjero no necesitan nuestra colaboración, ni está bien el pintar aquí cielos extraños, mientras estén inéditos estos que cubren el Continente dulce en que nacimos.

Se explica que en los países europeos, don-

de las letras están ya repitiendo, ciclos viejos, ocurra la anomalía de usar como estilo modernista el decadente; pero nosotros, que en todo hemos pasado de un salto de la barbarie aborigen á la cultura contemporánea, debemos formar el estilo que mejor se ajuste á las necesidades juveniles de la raza, eligiendo de todos los periodos literarios los procedimientos y coloridos màs adaptables á la pintura de medios, costumbres y espíritus modernos, sin compromisos con órbitas de decadencias y tradiciones ajenas.

De ahí el que tengamos la obligación ineludible de escudriñar á fondo el léxico español, no para seguirlo servilmente, sino para tener el derecho de substituir vocablos peninsulares por neologismos nativos, con razones conscientes para demostrar que los nuestros son más lógicos y ricos.

Nuestras necesidades de reforma nos obligan á conocer el castellano mejor que el pueblo español, si es que no queremos exponernos á hacer de dos cosas buenas una mala, ó á renunciar á una cuantiosa herencia de familia, ante la perspectiva incierta de una aventura babilónica.

Actualmente cometemos ridículos alardes de puericia, cuando en nombre de un orgullo nacional mal entendido, disimulamos nuestra alarmante indigencia de palabras clásicas, con el derroche de un vocabulario forajido y plebeyo, de extracción inconfesable, sin propósito artístico, ni estirpe noble y criolla.

Venga norabuena todo el lenguaje extranjero á nuestro idioma: pero; en igualdad de circunstancias, prefiramos el que aún ostente cruces de Castilla.

En cuanto á la contextura de la frase, seamos crueles con los tendones paralíticos y con las vértebras seniles, hasta que los giros maniobren con todas las flexibilidades armoniosas de la gracia joven, sin olvidar su temple toledano.

Que nuestros temas sean todo lo que diga libertades y esperanzas; raudal, cumbres, potencias; vida, belleza y triunfo.

Que nuestro estilo llegue pronto á tejer y perfumar todas las sedas; porque tiene la misión de restañar muchas heridas, y porque ya no puede demorar mucho en surgir, pidiendo su atavío, la aristocracia mental.

Nuestra sensibilidad tiene el compromiso de pagar al suelo americano una deuda enorme de belleza.

Con ese fin, ojalá acepte la literatura argentina los ochavos dispersos en los capítulos siguientes.

E. T.

¡AGUA... AGUA!...

¡AGUA... AGUA!...

Era preciso forzar á veinte leguas la jornada, único medio de no morirse de sed, en una de las regiones de tierra más fecunda que conozco en las Américas.

Tamaña anomalía pone grima en el ánimo, pero ahí está hostil y sofocante.

De todos los gritos de dolor, el de la sed es el más digno de piedad, porque en él no solamente aúllan las torturas del cuerpo y del espíritu, sino las hondas y desgarradoras de las opresas mamas de la tierra.

No porque en la ciudad nos pesen como planchas de plomo en los oídos los tanques opulentos de las aguas corrientes, debemos desoir el clamor de los exploradores sedientos, que si á tanto desamor fraternal hubié-

semos llegado, bastaría la compasión filial por esas sierras, cuyas ubres erectas quizá se abren á veces en llagas de supuración volcánica, cuando ya desesperan de que los hombres les expriman de sus carnes de oro los manantiales de la vida.

El sol parecía arder á muy poca distancia de la tierra. Oíase el ruido de su combustión metálica.

Los guijarros esgrimían llamaradas de reflejos, sugiriendo amenazas de bombas explosivas.

La arena incinerada hervía.

Las hojas pugnaban por agacharse á buscar sombra unas tras otras.

Los pájaros volaban presurosos de ramaje en ramaje, como si temiesen quemarse las alas en el aire.

Las nubes rebruñidas eran bloques de acero á punto de derretirse en chorros perforantes.

Mi caballo retinto parecía un gran carbón humeando.

Mi sangre amenazaba reventar las arterias, con hervores de explosión.

El cráneo pesaba sobre los sesos como un casco de hierro al rojo intenso.

Los cristales de las pupilas se refugiaban en los rinconcitos de verdura para no quebrarse en trizas.

Los pulmones distendían sus fibras hasta cerrar la garganta, contra las tufonadas de aire cálido.

El ruido de las herraduras en las piedras parecía desmoronar los huesos calcinados.

Los nervios sospechaban lo que debe sufrir un alambre que se ablanda y retuerce al fuego lento.

Cada gota de transpiración ¡gota de vida! salía por cada poro con un dolor de llanto.

La imaginación ¡cruel! transportaba la sensibilidad de hoyos de lava para hundirla en cristalinos estanques de dulzura.

Todo era hostil á la mirada: desde las espinas punzantes de los algarrobos, hasta la trinchera de cristales rotos que espejeaban en las lomas del confín sin esperanzas.

El humo del cigarrillo penetraba en los

pulmones como el de la pólvora agresiva de un combate.

La idea de movimiento era falsa; pues mientras los caballos parecían trotar retrocediendo, el corazón seguía galopando sin freno hacia la muerte. La lengua estorbaba entre la boca como un lingote de cobre encendido. En los labios insensibles al filo de los dientes, se retorcían miles de viboritas incendiadas, con ansia de beberse el sudor que chorreaba por el pescuezo de los caballos.

De repente estos levantaron el cuello, sondaron con la mirada un lado del horizonte, estornudaron con fuerza y aligeraron el trote.

Señal de aguada próxima.

Sobre las cortaderas y mallines ya no reverberaban con aspereza los brillos caniculares. Tan sólo ondeaba sobre los tallos salientes una diáfana polvareda de ámbar fino y movible.

La tropilla que galopaba delante, á trecho prudente de nuestra caravana, interponía entre el verde profundo del desierto y el azul azucarado de los cielos, nubecillas de arena

esmerilada, que poco á poco descendían á cernir su polvillo de oro en los arbustos.

Las faldas vaporosas de las primeras brisas pasaban exhalando el aroma de hierbabuena macerada y de secretas humedades.

Cuando se ha viajado todo un día bajo el aire reseco de esas pampas, el organismo principia á darse cuenta de que su 80 por ciento de agua que lo forma, es el más dilicioso elemento de la vida.

Sentir sed devoradora, no solamente en la garganta, sino en la carne, en los huesos, en la piel, en los ojos y en cada átomo del cuerpo, es una sensación sin la cual nadie tiene derecho de decir que haya vivido vida intensa.

No creo en ningún refinamiento superior á ese.

Ignoro por qué los químicos, que todo lo definen con el olfato y el gusto, todavía no han podido averiguar que la vida humana tiene un pronunciado sabor á agua y que la

salud huele á agua y que la conciencia huele á agua.

Es un adefesio inexplicable eso de irse á París en busca de lo raro y las impresiones fuertes, en vez de echar por delante una tropilla de potros, y en una de estas soledades que tenemos á trasmano, plantarse uno frente á frente de su persona, interrogarse, hablarse á gritos, sentirse y palparse á sí mismo, todo lo cual produce más sorpresas que cualquier exposición universal.

El que ha saltado del caballo para tirarse á apagar la sed del pecho, las narices y los ojos en un charco, puede reirse de los zotes que se van á Europa á quemarse el paladar con el «sol embotellado».

La tal «réclame» debe tener la culpa de esas cosas. Eso es lo que nos tiene falsificados los sentidos. Ella ha puesto á la humanidad anteojos verdes para que ésta adapte sus apetitos al pienso cotidiano de papel pintarrajeado. Así se explica el que la mayoría de las gentes pasen la vida bebiendo sin apagar nunca la sed, ó lleguen á viejos sin haber vivido consigo mismos un instante.

Es extraño que en las recetas de los médi-

cos no figure aún la prescripción: «no ver avisos».

Cuando tal ocurra, que será muy pronto, parajes como ese del Neuquén à que aludía, serán muy frecuentados. Allí torna uno á ser humano, porque no hay avisos.

Esta digresión no tenía más objeto que excusarme por la vehemencia de un recuerdo tan nimio en apariencia, pero tan raro y dulce: el olor recóndito, el olor profundo, el verdadero olor á agua.

Ya adivino la sonrisa de los que no hayan experimentado los trances de la vida primitiva. Esos ignorarán siempre la Biblia. Bien capaces serían de concebir el Paraíso, no con fuente armoniosa, pero, sí, con *bar* inglés. Tengo profunda lástima por los que nunca han conocido el agua viva y sana, sino mucho después de fallecida, ya putrefacta, descompuesta, sin sol, sin brillo, amortajada en ataúdes de cristal, fría y exánime bajo mentidos epitafios.

El agua de las ciudades, esa momia objeto del comercio, es un cadáver ponzoñoso que en sí lleva el castigo de la profanación.

Cuando se la arranca de su vertiente ó de

su cauce natural, se la asesina; muere guillotinada; se le corta la circulación de su armonía, como á los mártires, como á los justos, como á las rosas... Por eso se corrompe, se entristece y envenena.

Aquella tarde de angustia, se me apareció la vida de repente. Antes que yo, la reconocieron los caballos. Mi retinto sacudió su marasmo con un estremecimiento de alegría; irguió el cuello y saludó la brisa con un relincho de victoria.

Yo me incorporé sobre los estribos para mirar el horizonte: los ojos principiaron á beber agua en el cielo. Las nubes metálicas y duras se habían conglomerado en costas frías, franjeadas por borbollones de espuma que se diluían en la transparente suavidad azul de lagos dulces.

De un gran nubarrón jaspeado se precipitaba una cascada, sobre un remanso de nenúfares en adormecida floración.

Entre suaves barrancas de oro frío, los

manantiales diáfanos disolvían con lentitud jugo de guindas.

La sed de los cuerpos, de las piedras y las plantas, huía arrebatada por vientecillos joviales.

Del monte se escapaban aplausos de plumajes y escalitas líricas de plata.

Las hierbas, al moverse, remedaban el roce y las aromas de las sedas de baile.

La tierra que dejaba la tropilla, nos esperaba sobre la huella con ovaciones de oro.

El verdor profundo de la llanura ya no estaba manchado con los parches grises de pizarra, y en el límite remoto se alzaban graderías azules de colinas, sosteniendo la cúpula de un ventisquero andino, cuya nieve principiaba á teñirse con las rosas y mieles de la tarde.

Traspasando las nieblas más compactas, el sol aun resplandecía, como el balcón abierto de un palacio de mármol, en una noche de gala.

Los pastos aparecieron más tiernos y olorosos, los caballos aceleraron su galope, los arbustos bravíos se detuvieron ante un gra-

mal parejo, y bajo una carpa de sauces apareció el manantial.

Todos, hombres y caballos, unidos é igualados en aquel instante por el derecho supremo de acercar los labios á la vida, nos precipitamos á beber.

Era admirable contemplar aquellas bestias temblorosas, con los belfos aterciopelados hundidos en el agua y los párpados caídos en desmayo de deleite, arrodilladas sobre la grama en muda adoración ante esa risueña gruta de Navidad.

El prado mismo se allegaba á la vertiente tirando al borde sus chales de gramillas y hierbas olorosas, tachonados de margaritas y verbenas, salpicados de fresas y tejiendo con sus profusos flecos sumergidos, el joyel rutilante é incrustado al fondo con piedrecillas multicolores.

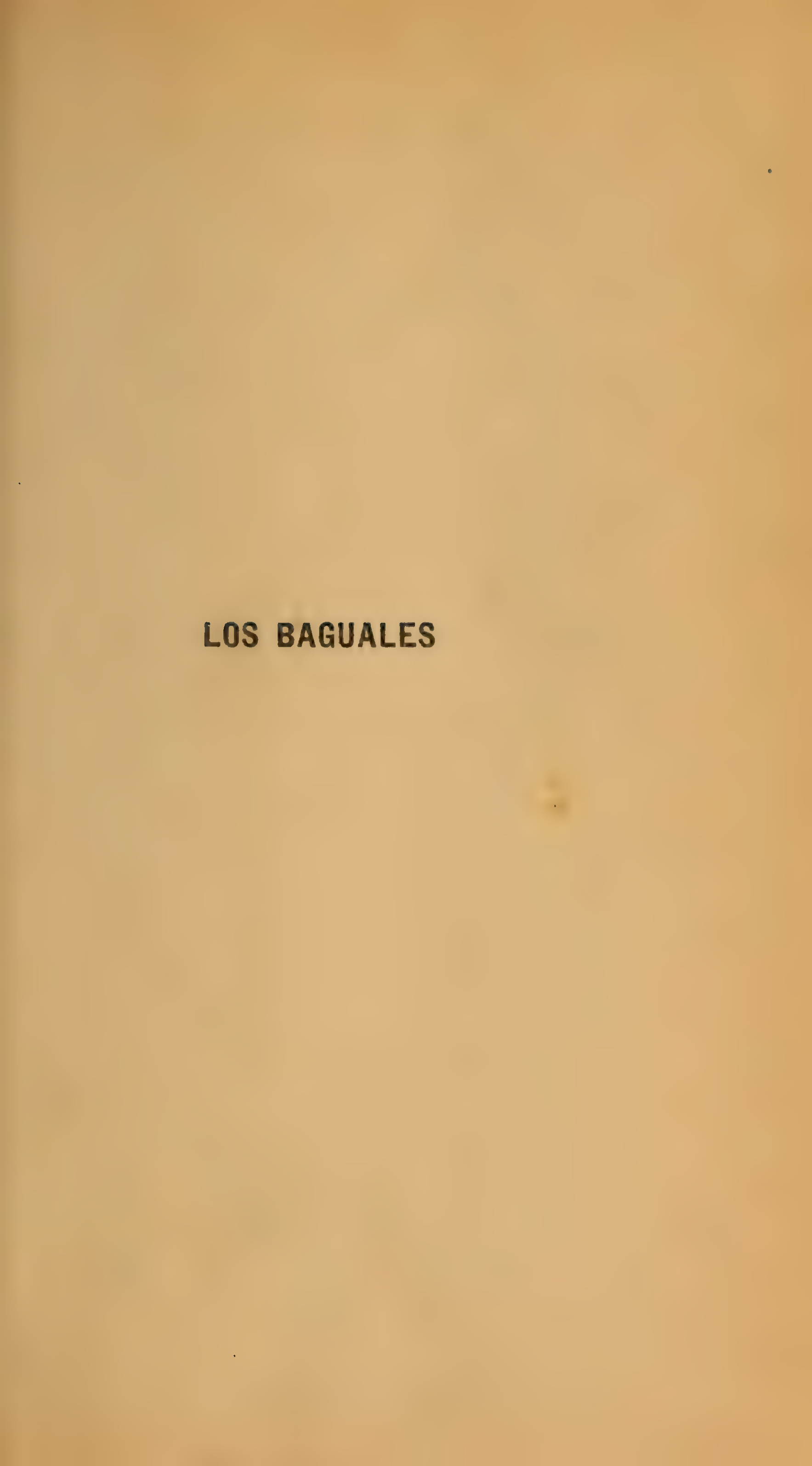
El agua surgía pura y alegre, sonriendo al cielo y á la vida con sus hoyuelos juguetones y derrochando en interminable cintillas de burbujitas eléctricas el misterioso flúido genitor.

Los viejos sauces balbucían con su voz de raso sus arrullos, al depositar en el agua el

oro votivo de sus hojas amarillas; y los insectos diminutos danzaban sobre aquella superficie el ritmo de sus destinos invisibles.

De mí puedo decir que ese primer sorbo de agua me presentó el recuerdo de la primera bocanada de aire en que mi pulmón moduló el primer vagido.

Esa confluencia del agua primitiva con la sangre en agonía, evoca no sé qué recuerdo inmemorial: ilumina espejismos donde brillan los soles que alumbraron la niñez: lava de la conciencia los barnices de sensibilidad apócrifa que depositan las ciudades: más aun... hace que por un instante se reanude en el espíritu el hilo roto de la original armonía entre el glóbulo y el astro...



LOS BAGUALES

LOS BAGUALES

En soledades tan extensas como las comprendidas entre las márgenes del Colorado y las del Agrio, la rara pureza del silencio predispone á pensar en cosas graves.

El tictac del corazón golpea muy fuerte en los oídos.

Se sorprende uno de oir por primera vez tan claro ese trotecito de perro de la vida hacia la nada. El ánimo flaquea, la sangre zumba como mar lejano, los nervios rompen filas para buscar refugio unos tras otros, y la emoción de espanto nos echa su dogal de seda á la garganta.

En ese estado de zozobra marchábamos, cuando se nos vino encima una nube de tierra, con velocidad de cataclismo.

¡Los baguales!...

Erizado de azotes y crujidos de ramas retorcidas pasó un retumbo de redobles subterráneos.

Los ramajes quedaron tiritando.

El remolino se internó en el desierto con rapidèz de tromba, y sobre el azul dormido de aquel atardecer sin mancha, quedaron flotando arrumazones de polvareda lenticular.

Algunas crines negras ondearon luego sobre la cresta de una colina remota y el eco de un relincho apocalíptico repercutió trémulamente en el cobre viejo de la tarde.

Cuando el sargento principió á desatar las boleadoras, ya no esgrimía el pajonal sus lanzas tras la brecha de esa fuga.

Todo se disponía al sueño.

Las nubecillas de arena vagabundearon un rato antes de bajar á dormir entre los médanos.

Las brisas de la noche esparcieron por el cielo las cenizas de los últimos fogones del ocaso.

Y fuè esa noche, cuando desde mi carpa oí al sargento, que de cuclillas al lado de su

sable clavado á modo de asador sobre la hoguera, refería á sus subalternos la vida de los baguales, con el mismo cariño del veterano que recuenta las hazañas de sus viejos camaradas.

Sorprende eso de recibir una lección de sociología en tales parajes.

Mueve á pensar en las rebeliones de los hombres ese núcleo de caballos insurgentes.

Su abolengo es de próceres.

Sus antepasados fueron todos guerreros: unos, los que llevaron el ejército argentino á conquistar la Patagonia, y otros, los que defendieron el terruño, formando con los caciques y la lanza en ristre un solo cuerpo: el del centauro andino.

Todos fraternizaron en un solo sentimiento de protesta: el odio á la guerra y el horror al hombre.

En esos desiertos, donde los dueños de la vida se nivelan y entienden, el caballo debió formarse una idea completa de la ferocidad

de su jinete. Al fuego de su corazón bajo la silla llegó tal vez el hielo del rencor humano. En sus músculos debieron penetrar directamente los temblores nerviosos de las ansias de sangre.

Todo eso debió inspirarles aversión invencible por las esclavitudes de su noble raza.

Entre el hombre monstruoso y la llanura virgen, la elección era fácil.

La fidelidad á las banderas, la disciplina militar, la ignominia de la deserción, la patria, el amo: todo eso era para ellos ruido de palabras frente al susurro seductor del pajonal.

Mejor el oro de los crepúsculos que la mortífera llamarada del cañón; mejor el azote incitante del tallo tierno que el flagelo de la fusta; más dulce el tomillo que el acero mordicante, más piadosa la soledad que el regimiento.

Todos fueron aprovechando las ocasiones de arrancar: unos haciéndose los muertos de fatiga, otros ganando leguas de espesura al extinguirse las brasas del vivac, y otros ramoneando con disimulo, de escondite en escondite, hasta desorientar al rastreador.

Ese retorno á la vida primitiva que nosotros llamamos regresión, es para ellos redención, ascensión.

Son los rebeldes, los altivos iniciadores de la reconquista.

Oprobio sienten por sus prójimos serviles: por esos epicúreos de la ciudad que arrastran coches opulentos, y por esos lechuguinos y afeminados efebos del hipódromo, que persiguen la estéril celebridad de los juglares.

Las corvetas amaneradas de los inconscientes mutilados les inspiran desprecio.

Los eunucos del pesebre, los que en su escarceo remedan las afectaciones femeniles de su dueño, á esos la vergüenza de la raza. Renuncian á su estirpe, olvidan su abolengo, cuando se dejan regañar por los lacayos. ¡Y eso de permitir que el roce enervante de la almohaza les profane los ijares!

¡Y eso de ahogar en grasa los resortes del brío!

¡Y salir á la calle con arneses dorados y cascabeles funambulescos!

¡Y el látigo!... ¡Y el látigo!... ¡La cobardía

de permitir que esa víbora se enrosque en las armoniosas curvas de la fuerza!

Vivir mirando el cielo por la reja de una jaula, dejarse castigar por señoritos de librea, recibir en trueque de su abyección fardos de alfalfa, enorgullecerse con los oropeles del jaez, ¡què ignominia!

¡Qué enorme distancia entre esos ganapanes y la muy noble y alada raza de Pegaso!

Por eso los grandes desecepcionados de una civilización falaz y depresiva, retornan á la cruda independencia libertaria.

Del hombre, los baguales no llevan al desierto sino el recuerdo de su trato brutal.

Ahí están sus cueros lacerados por los símbolos torturantes de la propiedad humana. ¡Las marcas! ¡las marcas! El modo más amable que sus amos tuvieron para ligarlos á su nombre, las medallas crueles con que la humanidad premia á los suyos, jeroglíficos de leyes infamantes, tatuaje que les recordará por siempre su permanencia entre los bárbaros...

Como los de otros mártires, ahí están sus pies agujereados. Ya que los hombres no obtuvieron el olímpico privilegio de usar

cascos, que no cometan la iniquidad de someterlos á ese grillete de las herraduras. Eso lo hacen para interrumpirles la comunicación con los flúidos libres de la vida, para embotarles su sensibilidad tactíl, para que no pongan demasiado cariño en la suavidad de la pradera.

Pero ellos han probado que, cuando las libertades piden cancha, los herretes de la ley ponen rosas de ira entre la carne, y no hay soga de reata que resista el arranque.

Cuando los baguales fugitivos escapan de la primera pesquisa, buscan las serranías inexploradas. Allí relinchan por primera vez á pulmón lleno, con timbre ufano de soberanía; de allí dominan hacia todos lados el confín, husmean el olor de agua, empluman la cola, enarcan la cerviz y se disparan como sagitarios tras las brisas reveladoras de abrevaderos inéditos.

No temen la soledad, porque nacieron para ser libres; ni la inmensidad los desorienta,

porque ellos han sido los primeros—quizá los únicos—geógrafos del territorio.

Conocen ó adivinan los esguazos de los ríos, aspiran el olor del manantial á veinte leguas de distancia, saben cómo debe escalarse un ventisquero, y ellos abrieron personalmente todas las huellas que hoy son allí los únicos caminos nacionales.

Viven con plenitud.

Aun los más ancianos se conservan triscadores y joviales, en ágil jarana con sus nietos bravíos.

En tropas organizadas con su inmemorial estatuto de beduinos, vagan de sierra en sierra, merodeando campos vírgenes.

Basta una señal del jefe para disparar sus corvejones y salvar cincuenta leguas con el plausible fin de tomarse un sorbo de agua, ó para divertirse de lo lindo en la persecución de algún guanaco zonzo.

Saciados de *coirón* en algún valle, una pequeña invitación les incita al escape tras el postre de fresas en otro prado remoto.

En las noches claras del verano, cuando en la arena asoleada de la pampa les hormiguea el insomnio, les parece muy lógico es-

calar la luna en una cumbre, ó abanicarse con araucarias entre las camelias blancas del glaciar.

Se dán la insolencia de mirar al sol muy frente á frente, y hay tal electricidad en sus pupilas, que los viborones de fuego donde la tempestad echa sus rayos, ni siquiera les hacen pestañear.

Hínchanse el pecho con emanaciones metálicas è instilan en su sangre fulminantes jugos primitivos.

El acidulado retoño mordido en la falda del volcán, el aire purificado en las termas al vapor del hierro hirviente, y las aguas vírgenes recièn salidas del fondo de la tierra y recién besadas por el sol, he ahí sus tónicos de brío.

Sus músculos, retemplados por los masajes de los huracanes y las corrientes de los ríos, son resortes eléctricos en tensión perpétua, dispuestos á dispararse con la velocidad del viento, si una brisa les finge voz humana ó si una espina de monte les recuerda el acicate.

Toda la atención la dedican á vigilar su li bertad y sus amores. Los gritos casi huma-

nos de los zorros, el trote de los avestruces, el canto de los zorzales, el zarpeo lejano de las quebradas, el alarido del huracán entre las rocas, el sedeño roce de las brisas en los sauces, todos esos rumores del desierto les requintan los arcos motores de su vigor cerril. Hasta la fugaz proyección resbaladiza de una nube sobre el cesped, les riza la seda sensible de su serenidad.

Viven alerta, como deben vivir los pueblos libres.

Esos emperadores de la soledad son opulentos. Es verdad que renuncian al aplauso del guante blanco, á la aceitosa caricia escuderil, á la proximidad excitante de las faldas de seda, al ensueño dorado por la luz de los palacios: pero, en cambio, los aplauden las aves campesinas, y los acarician los raudales, y se revuelcan entre flores, y sus párpados se hipnotizan con la reverberación de las estrellas en el cristal infinito de los Andes.

Su amor es libre y pleno; no el trunco y reglamentado de la ciudad, donde una mano bárbara lo sofrena cuando piafa anhelante, sino el amor del campo, donde la crin izada

junto al rival vencido es cimera de triunfo sobre la hembra encelada.

No menos digna de tan austera rebelión llega su muerte.

Ni la fría baldosa del pesebre, ni el brebaje de los veterinarios, ni el puntapié profanador de los cocheros, ni el póstumo reproche de los amos: nada altera la majestad de su agonía.

Mueren entre los terciopelos de la pradera y del silencio, con la nariz hundida en almohadón de lirios, con la piel sepultada en musgos blandos, y con la pupila abierta, bien abierta, para que de su cristal, ya opaco, no se escape ningún reflejo de la cruz del sur...

¿Y después?...

Los cóndores llevándose en el pico los resortes de la fuerza.

La arena chupando sangre con su esponja compasiva.

El flúido de la briosa libertad embarcándose en el viento.

Y el fósforo errante de los huesos deshojando miosotis en el luto de la noche...

LOS PRÓFUGOS DEL SOL

LOS PRÓFUGOS DEL SOL

Solitario en el comedor de una rústica estancia del Neuquén, el viajero esperaba que el hipnotismo de los rumores nocturnos le rellenase al fin los párpados de sueño.

Su pasividad era completa.

Para que la placidèz penumbrosa de la digestión gozase de su tèrmino, puso el codo sobre la mesita, apoyó la frente sobre la mano derecha, y abandonó sus pupilas á la titilación de una lámpara inmediata.

La jornada de 18 leguas había sido calurosa y excitante.

Cuando se apeó el jinete, todo él estaba compenetrado de un olor de fatiga.

Su respiración acelerada era indicio de

que sus arterias y las del caballo habían llegado al mismo número de martillazos por minuto.

Su traje aun despedía cierto olorcillo de la sangre evaporada del caballo.

Hasta el cuero de su montura inglesa parecía exhalar un olor de bestia resucitada.

¿Qué extraño, entonces, que al acabar la cena campestre, gozara de la animalidad más pura?

De ese estado de sensualismo no lo arrancaba la convulsión de las tablas en el piso, estremecidas por el rebramar de la tormenta nocturna.

Su imaginación iba con gran facilidad del humo de su cigarro á la bruma de sus recuerdos de viajes.

Y así que, de espiral en espiral, regresó al puente de los paquebotes y al *fumoir* del tren wáshingtoniano, y á los retretes parisienses llenos de humo perfumado por flores de Lutecia y Houbigant.

De ese sopor vaporoso lo despertó al fin el redoble estridente del viento sobre los cristales flojos en sus marcos.

Una andanada de truenos disparada desde

la cordillera chilena, le hizo levantar la vista hacia esa parte del mundo.

Despeñadas una á una desde la cúspide andina, las víboras de fuego iban á apagar sus lenguas de oro en las aguas del Neuquén, mientras, á muchos kilómetros de altura, el azote de sus colas elèctricas hacía chispear diamantes en la nieve bruñida.

Como el puñal del rayo sobre los senos blancos de las sierras le inspirara cierto temor de asesinato, cerró cautelosamente los postigos y se acodó otra vez sobre la mesa.

—Ahora estoy completamente solo—se dijo; y con la vista distraída en seguir los dibujos del mantel, se puso á remedar con los dedos en la mesa el redoble de los truenos lejanos.

Pero nó impunemente se abre la ventana á la tormenta, ni para estar solo basta encerrarse bajo llave en el desierto.

Prueba de que el viajero no quedó completamente solo, es que esa noche presenció en el cuarto una tragedia. Tuvo que ver

cuál se retorcían de angustia y de dolores lacerantes muchas existencias agonizando en plena juventud.

Llegó un momento en que se vió rodeado de cadáveres.

Y como tenía que permanecer mudo, inmóvil, sin el recurso de su revólver para contrarrestar esa catástrofe, se limitó á observar todos los detalles del cuadro.

La primera muerte que presenció fué rápida, alevosa. La víctima era un joven alegre y vivaracho. Vestía un sencillo traje verdemar. En su rostro pálido de adolescente resaltaba el azabache de sus ojitos brillantes.

Una vieja flaca, embozada en una mantilla negra y raída que la cubría hasta los pies, fué la que le dió en silencio una puñalada en el vientre.

El joven cayó de espaldas, estiró los brazos hacia la luz en ademán de auxilio y expiró arrebatado por la horrible avispa que se fué volando.

Atraído por un clavel que bermejeaba en la tela de la pantalla, llegóse á la luz un mocetón antófago, goloso y muy bien puesto,

tipo de esos lechuguinos que, bajo los focos eléctricos de la Avenida de Mayo, atropellan tras algunos labios rojos firmados por Moussion. No duró mucho su intento, porque desde la encrucijada obscura de una viga salió rezongando un moscardón matrero, y tomándolo por la punta del ala, le dió una degollada irremisible.

Aventuróse luego hasta la lámpara, ascendiendo en graciosas elipses, una especie de caballero Lohengrin, ténue y dorado, cuyos remos de cristal fino y vibrátil, dejaban en cada desgarradura de la atmósfera un sutil gemido de violín.

Al llegar al aire arremolinado de la llama, el cadáver del Icaro diminuto se desplomó sobre la mesa, como prueba de lo que alcanza el pedantismo.

Impulsada por un ritmo secreto, destacóse volando desde un rincón sombrío una bailarina aventurera. Sus pétalos de magnolia electrizada dibujaban ilusión. Al acercarse al radio luminoso, precipitó su vuelo y agitó convulsivamente la muselina de su falda. Al cabo de tres valses frenéticos y lo-

cos, cayó toda quemada á naufragar en un tintero.

Muchas fueron las ascenciones fallidas. Los Santos Dumont que se lanzaron á circunnavegar por el tubo de la lámpara—para ellos Torre Eiffel—descendieron con sus globos inflamados.

Las mariposas negras, las monjas del misterio, intentaban un momento trocar en ardoroso traje de nupcias los crespones de su luto; pero, abrasadas por la impaciencia, giraban sobre el fuego, hacían signos de angustia, señales de salvamento, y se abandonaban en el aire á su destino.

Los centenares de mosquitos humildes, los efímeros, los que habían abandonado las obscuridades de su estanque para tomar pasaje en cualquier ráfaga viajera, esos casi no tenían tiempo de desembarcar: ó quedaban cautivos para siempre en la red industrial de un arañón arrinconado, ó caían exánimes en la esterilidad de sus esfuerzos excesivos.

Algunos antropófagos (no quiero decir mèdicos) llegaron á posarse en las manos del viajero, haciéndose *réclame* con su cor-

netín acidulado: ¡Paf! y quedaban despatarrados con su jeringuilla de Pravas tronchada.

Como víctimas atraídas por la luz, llegáronse luego de hito en hito á ese nutrido cementerio las alimañas de la atmósfera.

Con paso muy menudo de viejas Celestinas arribaron las polillas, arrastrando sobre la mesa su traje de ceniza cadavérica.

Esas brujas roedoras del pensamiento humano giraban alrededor del fuego sin quemarse, trazaban algunos signos cabalísticos en torno de la pantalla, y con sus alas de polvo mercurial abanicaban ¡hipócritas! à los insectos moribundos, antes de substraerlos por una pata hacia la obscuridad de su festín.

Las moscas, ciegas, se acercaban cantando su ominoso *missercre*, y después de aspirar por un momento la cadaverina de los muertos, trazaban en el aire varios ceros, y regresaban luego á teñir su panza con el azul metálico de la putrefacción.

Los heridos, muchos de ellos jóvenes y hermosos, aun pidiendo misericordia al cielo con sus alas de aire ó de nenúfar: los que por

exceso de pólen fracasaron como flores y volaron como insectos; los bellos, los joyantes, los aéreos: esos luchaban desesperadamente por la vida, giraban sobre sí mismos, se refugiaban en los jazmines fementidos del mantel, trataban de reproducir con sus parábolas caducas la órbita eterna de los astros y cuando ya se veían presa del abejorro fatídico, en vano le agitaban sus cuernillos frontales para conjurar la *jetatura*.

Y el viajero, con la frente en la palma de una mano y el cigarro en la otra, fué poco á poco incorporando su sentimiento á ese cuadro de agonía.

Y como cuanto más aislado se vive de la humanidad, mejor se ve la vida, se sintió prójimo de esos agonizantes y á cada uno dedicó un átomo de compasión para ayudarle á bien morir.

Y siendo doctrina consagrada por los hombres, esa de que para consolar á los pequeños es necesario recordarles las desgracias de los grandes, les habló de esta manera:

—Resignaos á morir tranquilamente. Con vuestros pataleos y contorsiones exageráis el dolor que os pertenece. Aunque es cierto

que la vida del más invisible de vosotros vale ante la eternidad lo mismo que la de Guillermo ó Nicolás, nada es lo que hay sobre esta mesa, comparado con lo que ha poco sucedió en Sud Africa y Manchuria.

Decididamente, vosotros, los tepidópteros, exageráis en demasía vuestro dolor.

Las hecatombes de boers, rusos y japoneses, con pertenecer éstos á la especie que reina en el Universo (?), no dan á la humanidad sino motivos para la fotografía y datos para enriquecer la ciencia de la guerra.

¿Qué derecho tenéis vosotros de sufrir? ¿Acaso vuestro dolor no está reglamentado por los sabios?

¿Creéis que el zar de Rusia ó el Micado no ven todas las noches sobre el mantel de sus festines cuadros más horripilantes del que vosotros formáis ante mi vista? ¿Y os figuráis que por tan poca cosa ellos interrumpen la esplendidez de sus ensueños?

¿Y seguís moviendo las patas en demanda de auxilio?

¡No, no; sois candorosos!

Y como un mosquito, manco ya de un ala, se incorporase sobre su brazo izquierdo y le dijera:

—Esas no son razones. Bien sè yo que la vida de 70 años del rey Eduardo, por ejemplo, vale tanto como la mía de 24 horas que me señaló el destino, pero hay lo siguiente: ¿Por què á todos estos valientes emigrantes que me rodean exánimes, todos ellos hace poco tranquilos en sus charcos y sus flores, todos ellos con su hogar establecido en el desierto, todos ellos resueltos á morir de vejez en sus tugurios de musgo, por qué, decía, se les ha puesto en la obscuridad una celada infame?

Como para nosotros el sol sale una ó dos veces en la vida, creímos que nuestro padre nos llamaba, creímos regresar á la unidad de la existencia: creímos llegado nuestro momento de ascender por la escala de Jacob, y ¿qué había? Un sol falsificado, nauseabundo, oleaginoso y falaz.

—Acabáramos—replicó el viajero al orador;—ya sè de que se trata.—Felizmente vosotros no tenèis á la mano ministros diplomáticos para iniciar reclamaciones.

La culpa no es de la lámpara, sino de vuestra insensatez. Con vuestro criterio, los hospitales de Buenos Aires y el cementerio de la Chacarita tendrían derecho de motejar al sol de Mayo. ¿Por qué acuden todos á donde nos los llaman? ¿Por qué, en vez de abandonar sus rosas, la frescura de sus prados, la sombra excitante de sus árboles, la música gentil de sus arroyos, el fulgor lunar de sus bujías, la obscuridad sagrada de sus ranchos, sus ombúes, sus trigales, sus idilios; van todos á precipitarse á Buenos Aires, á consumir su sangre en las calderas, á beber amor en labios químicos, á perseguir la música del cobre, á implorar sombra al muro del taller ó de la cárcel, y á mendigar á la negrura del carbón calor y vida?

¡Oh! no; señor mosquito. Los que se van tras falsos brillos, los prófugos del sol... se carbonizan...

EL CAPITOLIO DEL VIENTO

O amazement of things!
Even the least particle!
O spirituality of things!
O strain musical--flowing through ages and continents—
Now reaching me and América!

WALT WHITMAN.

EL CAPITOLIO DEL VIENTO

Entre Chos Malal y las colinas de oro del Neuquén se interpone la «Cordillera del Viento».

Para ascender á la fachada cristalina de ese gran Banco argentino, se necesita galopar varias leguas en cada escalón de su gradería monumental.

Desde que se gana la primera altiplanicie, espejea sobre el espíritu la hipnosis de la maravilla.

El volcán Trómen, á modo de portero imperial, yergue á distancia su turbante de nubecillas cenicientas. Entre los pliegues de su albornoz inmaculado chispean sus cimitarras y resplandece la pedrería de sus equipos.

La vigilancia de ese viejo soñador es incesante: Desde su altura de 3600 metros, atisba las más recónditas hondonadas de la comarca. Cada parpadeo de sus pupilas jélidas es un linternazo que torna las más remotas brumas en vaporosos harapos de colores.

Cuando osa mirar hacia el palacio del Viento, la artillería de plata centellea entre sus torreones de cristal bruñido.

La proyección fugaz de las maniobras de la luz arriba asombra al viajero que galopa por el valle.

A veces el caballo se detiene espantado: es que ha oído la detonación de algún huracán al soltar sus amarras de la roca; ó que ha visto resbalar por la llanura la sombra de una nube tempestuosa, la sombra de una fragata cargada de tormentas, despedida en comisión de bombardear algún equilibrio incómodo para la política celeste.

Si la fantasía humana hubiese previsto la Cordillera del Viento, al Neuquèn y no al menguado montículo de Grecia, le habría cabido la honra de albergar á Júpiter tonante.

Nada dice la colina del Olimpo á quien no

vaya con la memoria llena de recordaciones míticas. Aquí; ¡qué diferente!

Fidias y C.ª no habrían tenido en el Neuquén ocasión de inmortalizar su firma. Habrían encontrado, no uno, sino muchos Partenones rematados con primor..

En cúpulas, capiteles, ojivas y columnas, serpean con graciosidad todos los estilos consagrados, con más los mil inéditos que dibujan en el misterio de sus líneas, las concepciones del arte por venir.

¡Fuerza y Belleza!

Eso es lo que proclama en todas sus crispaduras y perfiles ese Capitolio del Viento.

Su mole de ola azul, que de repente quedó petrificada con su blancura al tope, persiste en su angustiosa actitud de cataclismo.

Su base, amurallada para prisión de rebeliones, contrasta con sus deleznables torrecillas de alabastro.

A juzgar por los cerrojos graníticos de abajo, ahí deben estar las fraguas de las tormentas y los pesebres de los huracanes.

Allá, en los minaretes de cristal aerófano, deben vivir las Brisas—monjas del siderismo

—tejiendo con luz y floración de nieve sus encajes.

Y los silfos, despeñándose en los ventisqueros, con sus flautines ya endulzados en las flores silvestres, rondarán en torno á esos conventos, se luciendo á las Auras para el viaje de amor.

Duro trance es casi siempre el del viajero cuando se acerca al boquerón en que la cordillera abre paso hacia la región del oro.

Si no acierta á cortar el vendaval con el pecho del caballo, èste gira hacia atrás como veleta.

A trechos se encuentran montoncitos de piedra en torno á cruces de madera, señalando las tumbas de los incautos mineros, derribados por el huracán y amortajados por la nieve.

El mejor sistema para capear el temporal, parece ser el que se me aconsejó por un experto: hincar el espolín en los ijares del caballo, y galopar á toda rienda, abrazado al

cuello del animal, á la manera de los indios pampeanos.

¡Oh, celeste pirata brasileño! ¡Nunca oses aventurarte por acá, ni aun en tu Santos Dumont Núm. 1000, si á tan alta cifra tu perfección alcanza!

Aquello es un vértigo de sonoridades inauditas.

La atmósfera vibra, desgarrada sin piedad por todas las escalas del sonido.

El viento abre de improviso todas las guaridas de sus fieras y las mansiones de sus hadas.

Yo he sentido salir de sus sótanos las baterías de la borrasca, arrastradas por potros devorados por fiebre de locomoción abrasadora.

Parecía que desde las cumbres almenadas se hubiese descarrilado un tren elèctrico, y descendiese á la llanura por una superficie flexible de láminas de bronce resonante.

Otras veces uno levanta al cielo la mirada, por ver si distingue al bergantín descomunal que bogase sin gobierno hacia el abismo, asotando el velámen con crujidora verberación de inmensa llamarada flagelante.

O los alaridos son tales, que no se sorprendería uno de ver cruzar el horizonte un carro apocalíptico, llevado por una cuádriga de leones uncidos con arneses de hierro al rojo vivo.

En la planicie, entre una atmósfera de arena huracanada, huyen las trombas como manolas ebrias, danzando infernal jota aragonesa. Tras ellas se precipitan los ciclones, haciendo tarquinadas con las plantas, poseídos de locura ambulatoria, desgarrando las flores, para deshojarlas después en lo más elevado de sus torres de infamia.

Las ráfagas heladas, con insolencia de *Cocotte* traviesa, dan el adiós en la mejilla, con un azote suave como de guante ajado.

Si la ventisca se desata en lluvia de blancura, vénse cruzar por el cielo esquifes áureos borbollando espuma; ó cisnes que se despluman el buche en estanques opalinos; ó dragones que, al retorcerse en la ceniza de la tarde, despellejan en laminillas de nácar sus escamas; ó de los borregos ya degollados por la segur de plata, vellones níveos y flotantes.

Por ratos, uno queda sumido en la tinie-

bla, cegado por una arrumazón estrepitosa: es que se han encontrado dos corrientes rivales, que luchan hasta destrozarse, con aletear enérgico de cóndores.

Allá, en la parte marmórea del palacio, son de ver las fugas virginales:

O las auras que al escaparse del ventisquero, levantan una nubecilla de pétalos nevados, como si huyese de un prado de lises una parvada de palomas; ó es que una brisa grácil, al saltar con un céfiro, sugiere esos remolinos de encajes, que dibuja el zapato blanco de una virgen, al dar una vuelta rápida de valse.

El buen viejo Trómen, cerrajero sempiterno, debe ser el Vulcano de este Olimpo.

A él debe tener Eolo confiado su jardín de rosas. Esos suntuosos pabellones de cristal fulgente, techumbre son del gran invernadero.

Caldeadas por el fuego subterráneo, modeladas por un cincel de llamas, doradas al rescoldo de cuarzos ignescentes, nacaradas por el buril de las estrellas, purificadas por el llanto del hielo, pulidas por el dedo perfumado de la brisa: allá deben temblar en el

misterio las rosas negras de la noche, las rosas rojas de la tempestad, las rosas de oro vesperal, las rosas rosa del favonio, las cinéreas rosas de la melancolía, y las rosas blancas de la aurora.

Y por allí deben correr silenciosas las fuentes de las causas, filtrando ponzoñas de devastación en los nectarios, beleños en los cálices, esencias de fecundidad en las corolas, y pentagramas de maravillosa sonoridad en cada pètalo.

El timbre metálico de los guijarros, bajo el martilleo rítmico de las herraduras, me indicó que ya principiaba el descenso á la región del oro, al otro lado de la cordillera.

De oro era ya esa nubecilla de incienso episcopal, que levantaban al sol de la tarde los cascos de mi caballo.

Una mano en las riendas, y apoyado con la otra sobre el anca, me incorporé en los estribos, para comparar el horizonte que dejaba, con el nuevo que descubría.

Atrás, muy lejos, más allá del Trómen, se iba desvaneciendo en una reverberación dorada la polvareda que regaban en pos de sí los huracanes.

La lejanía pugnaba aun por apagar con ceniza ese rumor extraño.

Era éste una mezcla de imprecación y de himno; de clamor y de júbilo; de violencia y de ternura; de rugido y de sonrisa; de estertor y de bagido.

Tras un vago estruendo de selva crujidora, rodaba el eco retumboso de un coro como de fieras enceladas.

Todo eso recorría una escala descendente hasta llegar al gorjeo; al ruido de respiración jadeante; al roce aterciopelado de pieles; al sesear sedoso de rasos y de besos, de hojas y de alas.

El horizonte que tenía al frente era distinto:

Todo estaba sereno y silencioso; serenidad de sagrario, y silencio de catacumba imperial.

La región del oro descendía hacia el río Neuquén en un sistema de colinas áridas, de aspecto casi lúgubre.

Luego se elevaba en ondulación de muchas leguas, hasta unirse con las líneas fronterizas con Chile, que en el confín lucían, como las dos víboras plateadas de un enorme caduceo.

La atmósfera opaca del anochecer parecía saturada de emanaciones mercuriales.

En el cielo predominaban tintes trágicos de disolución y plètora.

En la verdosa lividez del horizonte, se abrían estanques tristes de sangres coaguladas bajo la inmovilidad de escarchas de oro.

Los dos horizontes me parecieron simbólicos:

El uno hosco y severo.

El otro riente é ilusivo.

Uno era de oro funeral é inmóvil.

El otro de oro tierno y ondulante.

Uno era de oro amargo, de oro con sabor á cadaverina de magnates.

El otro de oro dulce, tan dulce como la miel de los panales y la carne de la espiga.

El uno iba á despertar de su letargo de momia, mordido por el cuño de la ley, para entrar luego en la catalepsia bancaria.

El otro saltaría directamente de su verde cuna arrulladora al oleaje alegre y empurpurado de la sangre libre.

Así que, de mi última mirada comparativa deduje:

Que allá sobre los ventisqueros de las minas, las remotas praderas de azahares, parecían temblar de miedo ante la invasión de ese malsano flujo de la tarde; y atrás, en la ilimitada lejanía de la llanura agrícola, en la región del trigo, los tropeles de la fecundación nocturna, habían dejado suspendido en el aire un velo color lácteo y rosado, ¡color carne de infancia!

LOS CHENQUES

LOS CHENQUES

—¡Chacay!—le dijo un día un príncipe indio, hoy mi asistente dándole una palmadita en el anca al desmontarse.

En su idioma le quería decir: «muy rico». Y Chacay se llama desde entonces mi caballo favorito para las excursiones arriesgadas. Y si por el año 1200 y tantos Chacay hubiese sido ya caballo, para su corcel de guerra lo habría elegido S. M. el inca Iupanquí.

Pues bien:

Muy peligrosos debían ser esos desfiladeros, cuando Chacay lanzaba un resoplido, á modo de maldiciente interjección, y se detenía convulso á tomar angulaciones en la sombra, con el compás de sus orejas ágiles y oblícuas.

Efectivamente:

Las tales colinas de oro de Milla Michicó, son el sitio más adecuado que conozco para dejar allí los huesos, á imperial usanza antigua: entre cavernas de oro.

Los guijarros desprendidos bajo los cascos del caballo, chocaban con otros en su curso, lo cual producía allá abajo en el abismo, un lacerante crujido de hosamenta, poco tranquilizador para la mía.

Ni el más aurívoro de los israelitas creo que envidie situación como esa.

No siendo uno Atahualpa, ni oh, ¡San Martín! súbdito de Pizarro, ¿para qué morir de esa manera?

A ese ruido de las piedras rodadas se unían el profundo gimoteo de la quebrada Milla Michicó, en el fondo, y el lejano bramido del río Neuquén.

La bóveda del cielo no era sino la techumbre de una gran carbonería.

Como taifa de brujas, las ráfagas pasaban por momentos tirándome piedrecitas al rostro y fingiendo diabólica rechifla en los filos de pizarra.

Si un nubarrón viajero rascaba un fósfo-

ro contra el pedernal de las remotas cumbres, *Chacay* aprovechaba el relámpago para ver viborear el caminito por el repecho de las cuestas.

Comprendí que había llegado á la parte poblada de las minas, cuando divisé varias fogatas dispersas en las rocas.

Algunas titilaban bajo los cerros, como hogueras votivas al pie de altares druídicos.

Otras, encendidas en los riscos, simulaban desaforadas águilas de oro, aleteando de voracidad sobre su presa.

Otras parecían lenguas de endriagos lamiendo obscuridad. Las más, ya casi extinguidas, luchaban en la altura con la libertad del viento, como purpúreas banderas de codicia al tope de la nave capitana de un mandón.

Acompasaba yo esas evocaciones con el timbre metálico de las herraduras sobre el cantorral de oro, cuando Chacay y yo nos detuvimos ofuscados al frente de un fogarín que en la boca de una cueva crepitaba.

Era un *chenque*.

Así llamaban los indígenas á las grutas

abiertas en la roca para sepultar á sus príncipes, al reparo de los vientos conductores del *gualicho*.

En *chenques* viven todavía los mineros por allí.

Viven como chacales á la husma de cadaverinas cósmicas.

Viven hozando las tumbas de esas carnes áureas en que se momificaron las rubias primaveras primitivas.

Cuando eché pie á tierra, un suspiro de *Chacay* había ya despertado á varios mineros que, hacinados, dormían dentro de la cueva.

Bajo ponchos amarillentos y sucios, al fulgor convulsivo de las llamas, aquellos bultos, leones en su guarida y nó seres humanos parecían...

Con las botas casi entre las brasas, me senté sobre una piedra á la entrada de la cripta.

Allí pude ver de cerca el cuadro.

Uno de los mineros se incorporó sobre el codo para examinarme.

Bajo el ala de su sombrero, calado hasta

las orejas, sus miradas vinolentas chispearon ira un instante.

Luego guardó el cuchillo, y como para tranquilizar al resto del grupo que gruñía entre sueños, se acostó de nuevo, volviéndome la espalda y diciendo en chileno:

—Es un *cabayero acomodao.*

Otro mocetón barbudo, con la mejilla hundida en un montón de arena aurífera, dormía boquiabierto, como niño en inmovilidad de hartazgo sobre el seno escultural de la nodriza.

De entre un poncho andrajoso surgía de la roca la cabellera de un anciano. En la penumbra trémula y dorada de la cueva, diríase que aquel cráneo ceniciento era la piedra calcinada de un fogón abandonado.

Otro jayán que dormía con el oído en tierra, resoplaba rítmicamente contra el muro de cuarzo, quizá soñando que sus pulmones eran el fuelle de quién sabe qué crisol profundo y rutilante.

El que se había dormido con la mano en crispatura sobre un guijarro saliente, no otra imagen evocaba que la de un cachorro

exprimiendo con sus garras la musculosa ubre de una tigre.

Entre la barba bermeja de otro borracho inmóvil, su boca abierta negreaba siniestramente como un cero rotundo.

La hora y el sitio no eran adecuados para prolongar mi ensueño.

Las brasas se habían lamido toda la escarcha de mis botas; y entre los ojazos negros de *Chacay*, erguido en la penumbra, centelleaban los reflejos de las llamas y los ardores de su brío.

Cuando me le acerqué para montarlo, rasgó el silencio de la noche con un gentil toque de marcha, con un relincho vibrante como las crepitaciones de la hoguera.

Una vez más clavó sus linternas fosfóricas en el fondo de la cueva.

Y su arqueado cuello, rematando en el foco de luz de sus pupilas, parecióme un gran signo de interrogación al misterio de la sangre, del oro y de la vida...

MIASMAS DEL ORO

MIASMAS DEL ORO

En ataúd de ébano estaban sepultadas las Minas esa noche.

La nieve de la frontera chilena brillaba por instantes, con relampagueos de bayoneta.

La atmósfera, rota en las cumbres por el trueno, descendía resonante hacia el camino, como si el peso de la sombra compacta le hubiese desencajado los remaches de sus capas eléctricas.

Debió ser obra de la emoción trágica del oro: pero yo llegué casi á sentirme en el fondo lúgubre del pozo de Poe, esperando que la guadaña de plata siguiera descendiendo á degollarme.

Miraba la densa obscuridad de hollín en torno; y el disco empañado de la luna se

me impuso como la claraboya única de ese enorme calabozo.

Por momentos temblaba en la tiniebla una fulguración azul violácea, algo como el aletazo ígneo de un murciélago de azufre.

Al favor de ese vuelo funerario, los ventisqueros de la frontera albeaban sus cúpulas marmóreas de sepulcros seculares.

De que el desfiladero era abrupto, tenía la mayor prueba: cuando un valiente tiembla, la situación es grave: Y *Chacay* llegaba por momentos á temblar bajo la silla.

Resbalaba á menudo sobre el escorial metálico, y entonces sus herraduras hacían saltar en trizas aderezos de Mefisto y ramilletes ígneos de miosotis; ó espantaban abejas de oro y sangre que iban á apagar sus alas de fuego fátuo en el abismo.

De la rugosa Cordillera del Viento, desaforado fuelle de estas forjas neuquenianas, llegaban resoplidos de cansancio.

Otras veces gemían suspiros de órgano, que al propagarse en las grietas de la basílica salvaje, hacían oir á la quebradita Milla Michicó rezando entre la hondura su rosario, en sonoras cuentas de oro.

Al fulgor de los relámpagos veloces, las figuras casi humanas del escorial petrificado en detorsión aciaga, surgían en la sombra como una aparición de mohanes en plegaria ante la noche.

La respiración del viento era difícil. Al desgarrarse sus flancos en los bordes filosos de las rocas, gemía anhélitos estentóreos, como de pulmón roto.

Al vencer un repecho el cuadro fué distinto.

Las fogatas de los mineros pestañeaban en las profundidades como zarzas de Oreb.

Dentro de un rancho agazapado bajo la ceja de una roca, danzaban los reflejos de la lámpara, al compás del monótono bordoneo de una guitarra. Diríase que del cáliz de esa trémula rosa de oro y fuego, volaban hacia afuera, ebrios y enronquecidos en la orgía, los abejorros de la crápula.

En el patio de la venta pateaban sobre la nieve, ó cabeceaban de sueño los mancarrones de los mineros.

Mi buen *Chacay* tuvo la impertinencia de despertarlos con un relincho autoritario, mezcla de saludo y de reproche.

Ellos levantaron un instante su mirada somnolienta, contestaron entre dientes con un amago de relincho, y cambiaron de pata para seguir durmiendo.

Bajo el alero roncaba con furor un tenderete de ebrios.

Si al aliento que se escapaba de esas carnes febriles se hubiese arrimado un fósforo, se habría incendiado el rancho con la llamarada alcohólica.

Al traspasar el umbral del ventorrillo sentí golpeado el rostro por un soplo cálido de vicio.

En un extremo del galpón veíase al favor de una candileja la figura patibularia del bolichero. Entre el estante donde fulguraban ira los licores, y el mostrador donde el vino derramado por los beodos caía en gotas siniestras, maniobraba diligente ese alquimista de la ponzoña mental.

Al otro lado, frente á frente de ese altar diabólico y chispeante, las lenguas de oro de un fogón campestre pugnaban por lamerse la techumbre pajiza.

Entre los espectadores ebrios que ocupaban las tarimas laterales, dos chilenas zan-

garreaban en las guitarras una zamacueca desgreñada y disonante.

Las otras, como sombras del pecado, reclinadas sobre el muro tosco de una cárcel, apoyaban sus frentes vinolentas sobre el pecho de los mineros taciturnos.

Todas acompasaban el bordoneo de las guitarras con un palmotear lánguido y triste, como aplauso de moribundos á quien sabe qué regocijo funeral.

Y á ese como azote de cuerdas viperinas sobre carnes flacias, se unía una cantinela lacerante de placer atormentado, gemida con voz chillona y trèmula de aullante frenesí, con un falsete de emoción lejana y pungitiva.

En el centro, entre una polvareda dorada por las fulguraciones del fogón, danzaba una pareja de chilenos.

La cabellera retinta y destrenzada de la moza, aleteaba como un cuerpo arremolinado entre una rojiza nube de ciclón.

Su cadera felina trazaba en el aire líneas de ijar convulso, signos de magia negra, curvaturas de redoma fulminante.

El jayán minero le seguía sus giros de

dínamo, con pasos cortos y oblicuos de jaguar en celo. Sus ojos, esmerilados por el amor y el vino, relampagueaban en la sombra con un chispear de yunque. Enarcado hacia arriba para saludar á la pareja con su pañuelo rojo, rojo como una llamarada de lujuria, su brazo de púgil simulaba el arco imperativo de una flecha.

Ella también agitaba en el aire su pañuelo blanco, listo para enjugar las lágrimas de sus amores tempestuosos.

A veces los espectadores aceleraban el palmoteo; y ese como rumor de aplausos sobre carnes desnudas, triunfaba sobre el plañir de las canciones y la convulsión de las guitarras. Era que los danzantes llegaban al furor del vértigo.

De repente se oía un zapatazo seco, dado con pierna firme; y la moza, con un pie hacia adelante, quedaba inmóvil, en actitud de estatua, mirando á su compañero con mirada profunda, retándolo al incendio con la redondez explosiva de sus senos salientes.

Entonces, todos se precipitaban hacia el mostrador.

Allí los esperaba el ventero, con su balancita para pesar el oro.

Agrupados en torno á la bujía, los mineros obsequiaban á las mozas con vino.

Uno á uno se iban acercando. Las cantoras pedían en verso su salario de alcohol.

Cada litro de vino correspondía á un gramo de oro en polvo, que los mineros sacaban con el pulgar y el índice, de una bolsita de pergamino que guardan en lo más profundo de sus harapos.

Allí tuve ocasión de observar una de las más misteriosas transmutaciones del oro.

Ese polvillo mágico, horas antes tan obscuro entre las rocas, tornábase en desastroso motor de los espíritus, tan pronto como brillaba un instante sobre el platillo de la justicia humana.

Allí era donde se convertía en pólen de una floración punzante y trágica.

De ahí pasaba al corazón de los mineros, florecido en rosas de pasión sangrienta.

El vino en los cristales, el beso entre los labios, y la salud en las mejillas, todo parecía agitado por los hervores de la disolución.

Debajo de esas cejas avezadas á la obscuridad del subterráneo, los celos chispeaban como puntas de acero.

Bajo esas gorras sombrías, los pensamientos enlutados volaban como índios lanza en ristre.

Entretanto, la balanza del ventero, así... así como las demás balanzas de los hombres, robaba oro á socapa.

Mas, como la hora no era adecuada para resolver esos problemas de mecánica moral, yo gané el patio en busca de mi caballo.

La brisa de nieve llegó á mis pulmones perfumada con esencia de nardos.

Los borrachos aun roncaban afuera, bajo un sudario de escarcha.

El cielo cernía en sus gasas matinales un leve polvillo de sacarina ideal.

Sobre el anca lucia de *Chacay*, el hielo había deshojado caprichosos jazmines.

Su crin estaba ornada con un fleco de plata.

En los confines donde amanecía, allá sobre los ventisqueros, las vacas bermejas de la Aurora se desperezaban en prado de azucenas y emprendían solemnemente su ascensión hacia el cenit.

No sé si era el río Neuquén; pero me pareció que de ellas, de sus hocicos de oro rutilante, se escapaban inciensos y bramidos...

EL PACTOLO ARGENTINO

EL PACTOLO ARGENTINO

La quebradita Milla Michicó tiene sobrados títulos á la publicidad.

Si á la de Sajonia y otras enamoradas de imperial linaje se aplauden sus desvíos, ¿por qué motejar á esta princesa neuquenia-na la gentil fuga de su palacio?

¿Que no nació para la inmovilidad hierática del siderismo? ¿Que vivir estérilmente entre jazmines y alabastros no alcanza á llenar los anhelos de una virgen, máxime si en el lirio de sus carnes arde el botón de fuego de su raza volcánica?

¿Que es vida insoportable esa de estarse años y años mirando la estólida sonrisa de las estrellas y recibiendo del hielo la carantoña frígida y babosa?

¿Que en los tiempos que corren, siendo ella blanca y bella, su infecundidad sería un delito?

¡Naturalmente!

Y entonces; si su seductor era algo más que violinista ó pedagogo; si era el más ágil y prepotente de los príncipes indios; si era el armonioso Neuquén; ¿por qué no desgarrar el cendal de azahares que la cubría en la Cordillera del Viento, y arrojarse desnuda á la hondonada, allá donde el Neuquén le abría los brazos retorciendo sus deseos en lecho de hulla y ónix, bajo el cortinaje de moaré tejido por la luz con fibras de oro?

Sin contar las soñadoras medioevales que se fugaban de sus torres por escala de seda, allá más lejos, ¿no había inmortalizado su amor una tal Safo tirándose al Tirreno?

¿Por qué ella no bajar de sus torreones de cristal, en pos de la eterna trova que el Neuquén le cantaba con arpas de oro y mármol?

¡Que vergüenza si los conquistadores argentinos la hubiesen sorprendido en el estéril monjío de su montaña!

Hoy no la conocerían siquiera: no la lla-

marían *¡rica!*; no le rendirían culto de Pitonisa, no pasarían ante ella largas horas de embeleso; sondando en la profundidad de sus pupilas el rutilante horóscopo del bien.

Todas esas pirámides de oro, que en gradería de catafalco se interponen entre la Cordillera del Viento y las colinas auríferas de este territorio; todo ese Panteón de soles prehistóricos, como mansión de ruina y muerte hubieran continuado por siglos, si el gorjeo mágico de la quebradita no los hubiese resucitado á la vida de los hombres.

Ella, en su descenso solemne de Sibila, cuando golpea en las rocas con su coturno de cristal, hace que, bajo las criptas del gran templo, vibre y repercuta el himno pagano de la religión moderna.

Si á modo de sacerdotisa druídica se detiene á orar en esas tumbas, las momias de los magnates primitivos se estremecen, deshaciendo su esqueleto en polvo de oro fino y musical.

Bajo nubecillas de inciensos vespertinos, ella boga en su esquife de hechicera, arrancando de su trono al Rey Rubio, como Cleoatra al opulento emperador romano.

¿Qué diré de la emoción que produce cuando uno se baja del caballo para mirarla de cerca?

¿Recordáis esa venia instintiva que se hace en un salón para abrir paso á una joven deslumbrante?

¿Recordáis esa inquietud de ensanche, esa ansia de disgregación suprema que distiende el espíritu cuando el aroma de una cabellera destrenzada penetra en vuestra sangre y arde en rosas de anhelo?

¿Recordáis ese temblor cerebral que produce el crujido de un traje de seda estrujado en la caricia?

Algo así como esos goces evoca esa quebradita.

Aleteos de felicidades por venir son los ruidos de sus aguas al golpear sobre los cuarzos de oro.

Cuando lame los bordes de la escarpadura, los terroncillos despiertan de su sueño prehistórico, se separan del filón aurífero y huyen impulsados por el roce lustral.

Allí principia la circulación del oro.

Sus partículas se desprenden del lodo,

para hundirse en el lecho ferruginoso del cauce.

Y allá, incrustadas en diminutas cordilleras de limo, las sorprende el minero.

Desde entonces son ya moléculas de convencional felicidad humana, sin que por eso dejen de seguir más tarde arrastrándose entre el lodo y el hierro, entre la mano y el cerrojo, entre la sangre y el puñal.

Pero esta recriminación no viene al caso.

De esos manejos proditorios de los hombres la quebradita es inocente.

Dios sabe que, si ella presintiese las violencias del cuño sobre el oro en la casa de moneda, jamás lo despertaría del sueño funeral.

Ella extiende por aquellas soledades la blancura de su cuerpo, con ansia de vida libre y melodiosa.

Congelada habría permanecido por siglos en su torreón de nieve, si hasta el desierto neuqueniano hubiesen alcanzado las detonaciones y lamentos del Transvaal.

Soñó en el oro con ilusiones de vida y de belleza.

Creyendo filtrarse en el misterio de la sen-

sibilidad humana, pensó que los brazos del Neuquén la conducirían del idilio dorado del trigal en la llanura al idilio rojo de la sangre en las arterias.

Por eso pidió al oro el secreto de sus hechizos, y el único ritmo seductivo del epitalamio moderno.

Por eso se precipitó al Neuquèn toda desnuda, dejando entre las breñas deshojados sus azahares, y rotos los encajes importunos de su pierna blanca.

¿Realizará su ensueño de fecundidad plena y feliz?

Cuando, por virtud de su oro, se haya transmutado en sangre humana ¿será dichosa ó desgraciada?

¡Quién sabe!

Si en el fondo de un corazón burguès la quemase el ardor de la avaricia, de seguro que sentiría la nostalgia de su cumbre gèlida.

Y si le toca empurpurar el beso de un labio mentiroso, ¡con qué angustia no habrá de recordar las transparencias de su infancia!

Quizá le quepa en suerte ir de Buenos Aires á la *City* para pagar las deudas de la patria.

¿Y entonces?

¿Qué hará cuando en su carne de doncella americana, se hunda el perfil de acero de un monarca europeo?

Y si algún Cecil Rhodes le averigua su estirpe, ¿cómo evitar que en sus nativos valles neuquenianos se reproduzcan algún día las tragedias africanas ó los sainetes calibanescos de independencia panameña?

Y si, ultrajada por el orfebre, llega á brillar en las orgías, reclinada sobre senos de *cold-cream*, ó á morder la amargura de una cabellera química, ¿con qué pena no recordará la sinfonía de estos desiertos, donde los ritmos de la sangre pura no han sido aún acidulados por el *acqua toffana?*



CAUTIVERIO DEL ORO

CAUTIVERIO DEL ORO

Me atraía la curiosidad de asistir al momento en que el oro pasa del seno de la tierra á las manos de los hombres.

Lo deseaba y lo temía.

Al descender á la quebradita Milla-Michicó, en cuyas orillas lavaban el oro varios trabajadores, experimenté una emoción semejante á la que debe sentirse cuando se presencia por vez primera una cacería de tigres en las selvas tropicales.

Sabiendo cómo es de cruel y sanguinario el oro, aun el domesticado en las ciudades, natural era temerle al verlo salir, indómito y cerril, de su guarida.

Mas no. El cachorro es muy manso. Sus húmedas pupilas sonreían al hombre desde

el fondo de la arena. Así las de un bebé que deja de llorar para sonreir á su juguete.

Yo no acierto á explicarme por qué luego, en la vida, hace tantos estragos ese facineroso. Debe de ser porque los hombres lo civilizan y pervierten.

¿Y cómo nó?

Cuando lo martirizan en el crisol, le infunden la temperatura del rencor humano. Cuando, creyéndolo tan contaminado como ellos, lo compenetran de mercurio para purificarlo, y lo despojan de su coraza de hierro y le exprimen los glóbulos vitales de su sangre pura, lo tornan en un ser tan anémico y flexible como el hombre moderno.

Si quieren ¡oh insensatos! prepararlo para recibir *la ley*, la pureza de su estirpe luminosa les estorba. Por eso se le mancha con el cobre, con ese plebeyo ronco y vil, sucio y maleable, capaz de cualquier bajeza.

Y cuando lo consagran con el cuño, cuando lo invisten de autoridad legal, le graban en sus carnes la efigie de algún autócrata mandón, y lo profanan con un signo aritmético, y le niegan su patria universal, dándole una nacionalidad restringida y egoísta.

Para que no quede duda de su misión engañadora, como emblema de su blasón le inscriben alguna de esas frases huecas y ampulosas, alguno de esos dislates que son la hoja de parra de los paraísos políticos donde se peca en grande y se hace perder á la vida su gracia original: *Honni soit...*, *Libertad y Orden*, *Por la razón ó la Fuerza*, etc.

El oro en sí no es malo, me dije ya sin miedo, al ver con qué humildad se dejaba pescar por los mineros.

El procedimiento que éstos emplean en el Neuquén es primitivo. Allí se trabaja sin más motores que el corazón de cada cual.

Aun no ha llegado la maquinaria inglesa. Quiero decir que por estos valles no ha galopado aún lúgubremente ese caballo de Troya, en que ha poco lord Roberts ganó sobre las pistas boers el premio internacional de la codicia.

No hay monopolios.

Los trabajadores aprovechan todavía esas palabras de justicia que han quedado rezagadas en el código de minería: «el aprovechamiento común».

En cualquier parte de las colinas en que se escarbe al acaso, siempre se topan los característicos mantos grises de la aurífera tierra.

El oro allí contenido es el que brilla luego, al ser lavado por el «agua regia» que destilan los cristales de la Cordillera del Viento.

Arrastrado por la quebradita, se le ve pasar risueño y juguetón, como un emperador germano, muy inocente y rubio, que pasease el Rhin aguas abajo, en brazos de su nodriza imperial.

Nadie adivinaría en él á nuestro Nerón contemporáneo.

Cuando lo ví entre el lodo, girando diluído en el agua de una rústica batea, pensé en la órbita misteriosa de su curso; ví ese diabólico círculo de fraude en que lo lanzan los economistas; creí divisarlo, más tarde, entre el limo de las conciencias, girando en las ruedas de las Bolsas de Comercio.

Otro sistema de extracción empleado en estos lavaderos, es el de las canalejas.

Estas son pequeños acueductos de madera donde se deposita el lodo aurífero, para que sea lentamente disgregado por el agua. En el fondo tienen una rejilla de madera que detiene y estanca los sedimentos más pesados.

Son verdaderas trampas.

Allí sucede con el oro lo que en la sociedad con muchos hombres de verdadera solidez intrínseca: su peso los hunde.

Allí flota y sigue rápida carrera todo lo que es cieno, todo lo que es liviano, todo lo que es impuro. Lo que pesa sucumbe. Lo fofo y pueril triunfa.

Ese ardid está ingeniado como lo que en cualquier núcleo comercial se conoce con el nombre de «un negocio». Fabricad con cualquier patraña un cauce de opinión; haced que por él circule lodo, que bien puede ser el de las malas artes; poned en el fondo una red bien fina de mentiras; y cuando hagáis el «levante», como dicen los mineros, encontraréis en el fondo el sedimento de oro ajeno, producto de un «buen negocio».

¿Quién no usa canalejas?

Y, coincidencia rara, esas ganancias, co-

mo estos resíduos de la arena, siempre van mezcladas con el hierro.

Allá, en las ciudades, es el hierro exprimido de la sangre explotada. Aquí es el hierro meteórico, ese natural y virgen, cuyo destino desastroso forma cruel ironía con el símbolo que le corresponde en química: FE.

Allá el oro ensangrentado rara vez se purifica; ni siquiera en las cárceles.

Aquí es sometido en la amalgama á un ardoroso tratamiento de fricciones mercuriales.

Allá las gentes se doblegan, se quiebran y se arrastran ante el oro.

Aquí también se ve á los rústicos mineros arrodillados todo el día sobre las arenillas, hipnotizados por el brillo del agua, que en el fondo los hechiza con el remedo de sonrisas ilusorias de pupilas que dejaron muy lejos náufragas en llanto.

Esos seres infelices que arrastran sus harapos y tristezas entre colinas de oro, predisponen el pensamiento á evocaciones pesimistas.

De esas cuevas funerarias donde se asila el piojo y la desolación aúlla con sus gar-

gantas áureas, pasa el recuerdo á los retretes parisienses, donde cantan los francos y los besos, pero donde gimen el amor y los violines.

La «púrpura de Casio», atribuída por los químicos á los precipitados auríficos, sugiere muchas otras púrpuras funestas: las que los hombres toleran sobre la espalda de otros hombres; la del labio ponzoñoso, las que ostentan las cruces de las ambulancias, las que tiñen el pañuelo de los tísicos, y las que agostan para siempre los jardines virginales.

El aire lustral que la nieve perfuma en esas tierras, cosquillea en el pecho, como el capitoso que se respira en Monte Carlo y el purulento que se expulsa de los lazaretos.

La armonía dorada del ocaso se desvanecía en un temblor de cabelleras destrenzadas, y se cuajaba luego en la inmovilidad de congelados estanques de champaña. Las últimas felpas del granate crepuscular se

acolchaban en divanes *profonds comme des tombeaux*, y el canto rocalloso de los mineros al regresar á sus *chenques* me recordó que del Sena al Neuquèn aun hay distancia...

LEYENDA NEUQUENIANA

LEYENDA NEUQUENIANA

Ganados por el viajero los contrafuertes de la hoya del Malbarco, la vista se complace en acariciar los simbólicos lineamientos del Domuyo.

Aceptando el símil popular, este coloso sería un congelado megaterio, que no pudo emigrar con su raza fabulosa.

Desde el anca acurrucada sobre dos repechos del valle, hasta la trompa audaz que se eleva olfateando las estrellas, el fulgente monstruo repliega varios kilómetros en sus rugosidades.

Allá sobre el azul distante de los horizontes chilenos, sus gibas se destacan con pureza hialina.

Para apreciar el conjunto de esas eminen-

cias, el explorador tiene que encaramarse en otra cúspide lejana; porque, cuando se aventura á la ascensión, queda tan anonadado como una hormiga escalando una basílica.

Si la energía ha sido suficiente para ascender por el filo de esas cimitarras sin excitar el bostezo de la profundidad que las esgrime, la compensación del viajero es inefable: Al llegar á la cima torna á engrandecerse, y ¡ahí del corazón ancho para contener tal emoción!

Roma desde San Pedro, París desde su torre Eiffel y Nueva York desde la mano derecha de su Libertad, no pasan de menguadas tolderías junto á este panorama de la cordillera neuqueniana, visto desde la cumbre del Domuyo.

Abajo, por el noroeste, hasta perderse la vista en el desierto, las sierras del Neuquén aglomeradas de rodillas, sonrosan sus turgencias de vírgenes desnudas con el soflama ruboroso de la tarde.

Por el sur y sudeste, la mirada domina la frontera con Chile: Los picos y curvas de los ventisqueros secundarios fingen á la distan-

cia capiteles y dombos de Partenones almenados.

El Pichacén, Moncol, Antuco y el Tuluaca, dejan que sus casullas de lino inmaculado se plieguen en la hondonada, é inciensan al Domuyo dominante, con gasas de humo aurífluo.

Allá muy lejos, tras el verde declive en que se adelanta á la costa el país chileno; más allá, tras vaguedades de un azul desvanecido en ceniciento gris de lejanía, el sol se hunde en las aguas del Pacífico, evocando las inmersiones sagradas del gran Inca, cuando su cuerpo desnudo se hundía lentamente en el misterio de sus lagos, radiante de oro en polvo.

Cuando el Domuyo da la señal del sacrificio desde el cristal de su ábside, los otros prelados yerguen las aristas fulgentes de sus mitras y hacen temblar sobre sus hombros sus pedrerías epicospales. Entonces el Domuyo perfora las arrumazones de incienso con el último reflejo de la amatista escapado de su anillo imperial, y allá por occidente, la sangre de los borregos sacrificados

se coagula y tirita sobre el violáceo estanque nocturnal...

De esa hora en adelante, la sombra aterciopelada sólo se desgarra á trechos por las curvas de plata que trazan las exhalaciones celestes en su vuelo, ó por las gigantescas rosas de reflejos, esculpidas en la nieve por los cinceles estelares.

Se explica, pues, que aun en la caliginosa tristeza cerebral de los indígenas, el Domuyo haya sido objeto de supersticiones delicadas.

El simbolismo que, según mi antojo, ellas encierran, denuncia en quienes las concibieron emociones estéticas de asombrosa intensidad, solo explicables por la rara belleza del paisaje.

Como siempre ha sucedido con toda altura ignota y bella, el Domuyo ha inspirado en el salvaje ese sentimiento de temor y adoración, base de todas las religiones y magismos.

Desde el Sinaí hasta el Olimpo, y desde las torres de *Notre Dame* hasta el último campanario de villorrio donde las brujas guardan sus escobas, las alturas siempre han si-

do refugio de lo maravilloso y prepotente.

Cuando el temor inspirado por la amenaza de lo inexplicable, va unido el arrobamiento encendido por lo extraordinariamente bello, las leyendas bordadas en torno á esos misterios son verdaderas canciones de arte.

Tales las del Domuyo:

La gente que aun mora en sus repechos, mira con asombro al explorador que se aventura á ascender.

¿Cómo exponerse á la ira de esos guardianes misteriosos?

Su mismo nombre, Domuyo: la «Mujer Quemada», indica la idea trágica que tal empresa sugiere en la mente de esos campesinos.

En tiempo de que los incipientes fastos neuquenianos no guardan memoria, debió haber una lucha titánica, en la cual pereció esa «mujer quemada», y triunfó la que, joven, opulenta y deslumbrante, domina hoy en las cumbres.

Dicen que esta es una joven muy risueña y muy blanca.

Se la ha visto siempre desnuda en un lago cercano de la cúspide, peinándose sus cabe-

llos rubios con un peine de oro, en tanto que las tortoras ó juncos—también de oro flexible—que bordan la laguna, producen finas melodías, al temblor de un viento muy suave que no viene de parte alguna, ¡que nace por sí solo!

¡Ay del que pretenda sorprenderla en su baño! Siempre esta defendida por alguno de sus dos guardianes: un gran toro de fuego, con astas de oro reluciente; y un caballo muy blanco, de ojos negros, que salta como alud abismal los ventisqueros.

No se hallará persona en la comarca que no jure haberse encontrado, no una, sino muchas veces, pero siempre á distancia—se entiende—con el caballo muy blanco y el toro de oro y fuego.

La «mujer quemada» vive todavía, pero permanece cautiva entre la tierra.

Debe sufrir mucho, porque llora sin cesar chorros de lágrimas que queman; debe odiar mucho, pues el que aspire el humo de su aliento, se envenena; y deben darle á beber oro fundido, porque no otra cosa debe ser eso que hierve, ruge y gorgotea eternamente en la célebre «olleta bramadora».

El intrépido explorador salesiano, presbítero Lino Carvajal, quien acaba de realizar al Domuyo la más completa de las ascensiones hechas hasta ahora, confirmará en su próximo libro los puntos esenciales de esta leyenda. Ignoro cómo habrá de interpretarlos. Sociológicamente considerados, no le será difícil hallar similares en las más refinadas mitologías.

Como quiera que sea, erudición y ciencia aparte, yo me complazco en fingir que un remoto poeta neuqueniano simbolizó en estas tradiciones algún cataclismo inmemorial.

Digo, pues, que la ardorosa roca primitiva, hoy la «Mujer Quemada», habló al soñador indio de este modo:

—Llegó un tiempo en que yo tuve celos de la nieve.

Desde que esta joven blanca y sin pudores apareció por la comarca, las caricias del sol para mí fueron muy otras: mi viejo amante tenía con la recién llegada juegos de audacia inconcebible: ¡Llegaba hasta besarla en la nuca!

Y la muy descocada, sin dar muestras de

enfado, se ponía á reir y reir y reir con una sonrisa de cristal muy fino.

¡Era muy melindrosa! Cuando el sol la estaba viendo, se cubría de unos brazaletes y collares falsos que trajo del Oriente, temblaba y lloraba como si se la fuesen á comer.

Naturalmente, el viejo crédulo se acercaba á consolarla; y ella, como las niñas cuando les hacen cosquillas, se ponía á reir, y reir con una sonrisa de cristal muy fino.

Todo el día se lo pasaba en locuras de esa clase.

A mí ya no me hacía caso: enlutada de líquenes y musgos yo miraba á los amantes felices desde lejos, y cada hora tenía que aumentar el cauce de mis lágrimas para no ahogarme en ellas...

¡Todo era por el oro! La aventurera fué siempre muy avariciosa. Llegó por aquí con muchos cofres de similores y batistas, de flores y de encajes, pero todo era falso: todo se volvía trizas al tocarlo.

¡Me odiaba por mi oro! por mis arcas de *áurea silicata*, donde yo refundía paciente-

mente, y eso en siglos y siglos, los cabellos que mi dueño dejaba en mi regazo.

Yo había permanecido resignada en silencio, pero al fin no pude contener el fuego de mi pasión reconcentrada.

Mi alma de oro encendido llameaba en mis arterias, y al fin fué á estrellarse en oleajes de indignación contra mi frente.

Entonces se produjo eso que los hombres llaman cataclismo geológico.

Tras el temblor histérico que me hizo crujir el corazón en lo más hondo, recuerdo que sentí en la garganta un cruel desgarramiento. Vi rojo en torno mío. La blancura infame de la nieve me arrancaba del alma convulsiones púrpuras de odio.

Cada uno de mis reproches era una mole de rencor gorgóneo.

Ansiaba inundarle la albura de su rostro en los raudales de lodo que yo había amasado con lágrimas y sangre.

El sol no me escuchaba: serio y encapotado atravesaba el horizonte, fingiendo no oir mis ruegos ni entender los signos de adoración que yo le hacía.

De amor, ¡sí! de amor hondo eran las tré-

mulas llamaradas de oro torturado con que mis brazos le imploraban justicia; de amor eran las mirras doradas que yo arrojaba en mis hogueras, para elevarle plegarias de incienso, como á un Dios; de amor cristalizado en muchos siglos de firmeza y constancia, eran esos puñados de pedrerías multicolores con que yo no alcanzaba á fascinarlo.

Pero todo fuė en vano.

Es verdad que la nieve ganó fugitiva la llanura, con sus carnes mordidas por mis brasas de oro y sus muselinas ensangrentadas y rotas; mas el sol continuó su curso embozado en mis inciensos, y yo caí exangüe, extinta y muda, bajo el peso de mis adoraciones calcinadas por la indiferencia del cielo.

Ellos han vuelto despuės á ser felices. Yo sigo devorada por torturas internas. Mi amor abandonado sigue quemándome el pecho con sus raudales de oro. Mi sangre toda es de oro esplendente, pero yo he quedado estėril, muda y fea, con el apodo despectivo de la «Mujer Quemada».

Ella, la blanca aventurera, ha vuelto á

instalarse en mis dominios con todo el prestigio de su desnudez y sus ficciones. Años hace que goza de sus talismanes y mi dueño.

Con ese peine de oro que yo había robado al Alba y escondido en la laguna, ella puede vivir por siempre joven, como que ese amuleto comunica á la cabellera donde se hunde, fulgor y timbres de oro.

Para defenderse de los alpinistas y cazadores de guanacos blancos, tiene dos guardianes invencibles: dos mónstruos con las condiciones seguras para vencer al hombre: un toro de oro y fuego, símbolo de la fuerza; y un caballo blanco de ojos negros, emblema de agilidad y visión para el abismo.

Son regalos del Sol; el uno se lo trajo de no sè qué constelación, y el otro es de los que galopaban en las cuádrigas de Aurora.

Sin embargo, ella me teme aún: Teme que cualquier día le desfigure el rostro con vitriolo.

Hace creer que soy bruja, que estas solfataras son el humo de mis redomas infernales, y que me paso el tiempo machacando sulfuros y tormentas en la «Olleta bramadora».

Por eso, por el temor á otro incendio, ella no sale jamás de la laguna. Allí entretiene su holganza escarmenando niebla, tejiendo tul de escarcha y bordando margaritas de hielos irisados.

Ha logrado convencer al Sol de que lo adora. Cuando en las mañanas la sorprende en el baño, ó en las tardes le hace la última caricia, ella ostenta convulsivos sonrojos que no siente.

Temerosa de que mis quejidos lo muevan al dolor, se hace la juguetona para sacudir sus cabellos armoniosos, agita sus gargantillas de perlas y zafiros, toca en sus arpas de cristal idilios, y hace que los suspiros del encantamiento desprendan de los mimbres de la orilla una funesta mùsica de oro.

Ahí tiene usted explicado el misterio de este drama. Ya ve que es una intriga secular. Parece increíble que en esta altura de 3861 metros haya tantas bajezas.

Y yo no soy culpable. La sinceridad y la firmeza me han perdido. Mi gran ruina depende de haber amado honda y ardientemente.

Lejos de cuidarme de las seducciones ex-

ternas, mi anhelo consistía en eternizar las glorias de mi amado. Mi dicha era vivir seria y modesta, reconcentrando el oro de sus labios en mis pechos, y cristalizando la luz de su mirar en mi alma.

Yo nunca fuí coqueta.

Ella, en cambio, me venció con artificios.

Se entretenía delante del espejo esmaltándose el cutis, ensayando sonrisas, llorando perlas falsas, y falsificando con carmín rubores.

Si mi rostro fué quizá áspero y duro, si fué mi vestidura rígida y severa, guardo la satisfacción de que nunca tuve por qué ruborizarme, ni jamás fué mi falda juguete de los vientos.

Yo he sido una matrona; ella es una bailarina faláz.

Yo fuí ardiente; ella es fría.

Yo fuí firme; ella es frágil.

Mi corazón fué de oro vivo; el de ella es de aire enfermo y congelado.

¡Ah! ¡Pero yo nunca he sido blanca y armoniosa!...



ALMÁCIGO DE ROBLES

ALMÁCIGO DE ROBLES

Uno de los tantos fenómenos de esterilidad contemporánea,—decía para mí mismo, al echar una mirada escrutadora sobre esa parte del barbecho.

¡Nada! O las semillas que me vendieron en Buenos Aires como de paternidad indisputable, debían ser de cartón; ó si de roble fueron, el cautiverio del envase fué bastante largo para consumar tan horroroso infanticidio.

¿Y á qué indignarse? Qué otra cosa es el comercio, so capa de redentor de la existencia, sino un estancamiento sistemático en las fuentes de la vida?

A todas partes llega su intervención avariciosa. Su gran sistema consiste en interpo-

nerse entre el hambre y el fruto, entre la sed y la frescura, entre el racimo y el labio, entre el jugo y la arteria, entre el amor y la fecundidad.

Las fèrreas llaves de arcas y graneros ¿qué son sino crueles torniquetes incrustados en la vida natural?

Si hubiera un oído suficientemente sensibilizado para analizar todas las amarguras de que se formó ese chirrido estridente de las tumbas del oro, oiría los ayes de la espiga cuando la trilladora le desgarra el seno, lechoso y turgente por el ansia del surco; y los aullidos del bosque cuando al rostro de los especuladores que lo destrozan tira en sus astillas manojos de puñales; y oiría el ¡bah! despectivo de la oveja, cuando en nombre de la civilización la dejan sin hijos ni camisa en la llanura.

Se oirían muchos vagidos acabados en estertores, y muchos himnos de vida rematando en elegía.

Allá, entre los cristales del champaña, reverberaría la putrefacción del sol nostálgico: en la panza burguès de las barricas, roja de ira la dulzura de las viñas, afinaría en

secreto el filo de sus fermentos asesinos; que en cuanto á la sangre exprimida en los talleres, sería de oírla chorrear trágicamente, recontando gota á gota, en interminable rosario de rubies, las atrocidades infinitas de los hombres.

El latigazo perfumado de un rosal vecino me interrumpió esos pensares. Un gajo de rosas se deshojó contra mi frente; las meditaciones huyeron como mariposas de fuego; y yo seguí vagando por los senderos de la huerta, detenièndome á trechos para manosear el brote lanuginoso de un sarmiento, ó la cola aterciopelada de mi perro.

No hay como el campo para amansar las rebeliones. Mi salida de Buenos Aires había tenido ese objeto: ansiaba el aire libre que bruñe y abrillanta las asperezas dejadas por el cataclismo en el guijarro; anhelaba ese silencio felposo que hila vendajes de seda sobre las heridas incurables...

¿Por quė, pues, protestar en ese sitio?

Esas plantas florecidas me daban una gran lección de ideología.

A pesar de los despojos brutales de los hombres, seguían allí esas obreras silenciosas, renovando sus maravillas de dibujo y colorido en sus dechados.

La verdad es que las rosas, además de sus labores de arte, afilaban sus espinas; pero esa es culpa de los poetas: á fuerza de compararlas con las novias, las han contagiado de crueldad, y á fuerza de reclinarlas sobre el corazón humano, les han encendido la pasión por la sangre. ¡No os asombréis! Las rosas son sadistas...

Mas, esto es harto ajeno á una sencilla narración de chacarero, siempre inclinado, por pasioncilla gremial, á motejar al comerciante.

El caso es que yo me propuse armonizar mi paz interna con la placidez campestre, y dejar que la virgínea tierra neuqueniana comprobase el linaje real de esas semillas.

Una mañana, tras varias noches de bochorno, mi vista se detuvo con sorpresa ante el almácigo de robles.

Sobre el polvoroso vientre del barbecho aparecían unas protuberancias, á modo de volcancitos empenachados de verdura.

Mi primera impresión fuė de ironía.

No pude evitar una sonrisa sarcástica ante la pedancia cómica de aquella cuna de gigantes.

Después recordé su estirpe, y poseído de respeto, me hinqué sobre la arena para observarlos.

Pasó por mi mente la imagen de una selva crujidora, è instintivamente me miré las manos, absorto de que ellas hubiesen originado tanta grandeza.

Hasta ese instante no me había dado cuenta cabal de las altas potencias que cualquier hombre tiene condensadas en la punta de las uñas.

Me examiné las extremidades de los dedos, penetrado del asombro tímido que inspiran los botones fulminantes de una gran máquina explosiva.

Dentro de esas pulpas de carne rosada y palpitante—brotes del árbol donde durmió su desastrosa siesta el padre Adán—sentí la palpitación secreta de nuestra ley profunda.

Volviendo la mirada á mi pequeño robledal, observé en el polvo huellas recientes de una lucha ciclópea.

El alumbramiento de esas bellotitas debió ser tormentoso.

Cuenta habida de relatividades, cada recién nacido debió librar con las montañas de tierra que lo cubrían un combate hercúleo por la conquista del aire.

Su estatura de dos á tres centímetros se alzaba sobre una cúspide de ruinas. Sus brazos—dos briznas diminutas—se erguían á uno y otro lado del tronco microscópico, agitando al cielo dos hojitas lanceoladas, en actitud de reto para apuñalear las tempestades.

El tallo se erguía recto sobre escombros de terroncillos por él descuajados de su base.

Todos pugnaban ya por ser remedos de una columna triunfal.

Alguno de ellos aparecía oblicuo, metiendo aún el hombro á una piedrecilla que le debía pesar como un cáucaso inmoble.

Otro yacía en tierra ya marchito, rebanado en su base por la dentellada de una hormiga que vagaba por allí cortando leña.

El color verde opaco de las copitas erectas, hacía pensar en esos niños pletóricos de vida, que nacen congestionados por la asfixia.

Cuando la transmontana andina pasaba por la chacra levantando nubecillas de polvo perfumado y abatiendo las hojas amarillas, las copitas de robles, con su tamaño de lentejuelas, remedaban la ondulación solemne de los viejos ombúes.

Parecía que pretendiesen, por instinto de su predestinación, manejar prematuramente la batuta de los huracanes.

Yo nunca había sentido esa comunión casi sexual que se establece entre la tierra y el depositario de la semilla: es un vago sentimiento de fe en sí mismo y de gratitud hacia la naturaleza; es algo á modo de voluptuoso orgullo paternal.

La tierra deja de ser desde entonces esa masa inerte y cruel que nos angustia cuando pensamos en la tumba.

Yo, siempre que quitaba con el cepillo el polvo del traje, sentía en mis carnes cierto estremecimiento, como si ya los gusanos del más allá me fuesen á hincar el diente. La tierra

me inspiraba asco y repugnancia invencibles, con más el odio hacia ella que se me iba acumulando, cada vez que la veía cerrarse indiferentemente sobre el cadáver de una persona amada.

Pero ese es quizá el dato más sugerente de la caída inmemorial del hombre en la sombra.

Los niños comen tierra sin asco, y los ancianos no temen el ataúd: los unos por estar recién venidos y los otros por estar más inmediatos que el hombre á la luz original. De ahí también que los bueyes no necesiten enguajes, sal y vinagre, en un prado de lechugas.

—¡Coma que es tierra limpia!—me decía Carlos Bonquet Roldán, con su agudeza ática de siempre, una noche que, acampados en el desierto neuqueniano, y de cuclillas en torno á la fogata, me vió tirar con asco un pedazo de carne, caída en la arena al cortarla del asador.

Desde entonces, cada vez que pienso sériamente en la vida y en la muerte, hallo más profundidad en la frase de ese amigo.

¡Qué si no tierra limpia y endulzada son

las pulpas de las manzanas y de los labios incitantes?

No es extraño, pues, que yo continuase examinando el almácigo, con la misma curiosidad afectuosa de quien se inclina sobre la cuna de los recién nacidos.

Así como éstos alargan sus manecitas para jugar con las estrellas, los pedantísimos retoños hacían señas de familiaridad al firmamento.

¡Quizá tenían derecho!

¿Acaso no eran de estirpe milenaria?

¿No corría por sus fibras el jugo secreto de lo perdurable?

El vientre grávido de sus semillas maternas, ¿no se había abierto al mundo con retortijones de impulso secular?

Allá, en los pezones de las grandes causas chupaban vigor latente.

Sus filamentos enraizaban en los telares misteriosos de la potencia cósmica.

¡Sí! razón tenían de ser altivos.

Yo era el muy pazguato en reirme de uno de ellos, al verlo acogotado por una mosca beoda de dulzura, que con fruitiva beatitud se lavaba las manos en una chispa de rocío,

y engastada en el bronce tierno del cogollo, fulguraba sus tornasoles de joya japonesa.

Mi vida sana y joven tenía mucho que envidiar á la de ese brote endeble y tembloroso.

Yo era hombre y él era roble. Hoy se doblegaba bajo el peso de un insecto. Más tarde, en el Océano, con una enseña al tope, él podría vencer los temporales, improbándoles sus bostezos de fuego con el ¡no, no! rotundo de su vaivén severo.

Hoy cabía todo él en la panza de una hormiga. Más tarde, cualquiera de sus ramas podría servirme holgadamente de ataúd...

Al llegar á este punto amargo de mis divagaciones, me alejé, mascando en despique unos pétalos de rosa, no sin oir, allá en las hondonadas del tiempo, el crujido bronco de una selva huracanada......................

....

—¡Ah, del orgullo humano!—dije luego en voz alta, queriendo contestar algo al azote amoroso que daba sobre el cañón de mis botas la cola aterciopelada de mi perro...

LOS COLONOS

LOS COLONOS

El criterio general es injusto con esa parte del pais.

Por inperdonable ignorancia, se cree todavía que los Territorios Nacionales están en la barbarie, y que sus pobladores son seres hirsutos y temibles.

De la conquista del desierto han quedado lúgubres leyendas, propagadas en la ciudad por *tartarines* màs ó menos hazañosos.

Viajeros que ni siquiera han tenido ocasión de ver conejos vienen á espeluznar la piel de los intonsos, refiriendo entreveros con indios y malsines, ú ostentando como pieles de leones destripados por ellos, cualquier *quillango* de factura patagónica.

Concurre á este funesto desprestigio, la exajerada información de los corresponsales

alarmistas, y la natural tendencia de las gentes á dejarse herir la fantasía por todo lo remoto y agreste.

Cualquier trasgresión policial comunicada de los Territorios á los diarios, llega á la oficina telegráfica convertida en tragedia fulminante, y hace gastar más tinta de redacción, que la consumida en pregonar la criminalidad metropolitana de un mes.

En una tolderia de indios corre menos riesgos el reloj de bolsillo que en la plataforma de los tramways, y más á pierna suelta se puede dormir al reparo de un barranco, que en plena plaza Victoria.

Aquí corresponde á cada cuadra un vigilante, en tanto que allá hay parajes de veinte leguas sin un solo gendarme á la redonda, lo que á las veces, y dada la calidad de ciertas comisarías, llega á ser motivo de tranquilidad para el colono.

Este sabe entonces que cada puño es un guardián y que en la ausencia de cada vigilante tiene un enemigo menos.

Es verdad que á los Territorios va casi siempre la resaca de las ciudades, representando á la autoridad ó huyendo de esta.

Pero también es innegable que en muchos de esos despojos de miseria urbana, ejerce su acción lustral el aire del desierto y los resortes de la energía se retemplan al sol libre.

Cuando ese miedo por la lejanía se haya podido combatir, no será difícil resolver el problema de la descongestión en las ciudades y de la colonización en las fronteras.

Si lo que hoy se gasta en aprisionar vagos é imbéciles, se empleara en organizarles viajes y colonias, se llegaría á trocar las plagas de insectos por las cosechas de trigo.

Allí se presencian transformaciones sorprendentes.

Familias que han llegado pálidas de hambre y aterradas por la inmensidad de la llanura, se convierten al poco tiempo en núcleos de fecundidad y regocijo, con bienestares y alegrías de sobra para brindar hospitalidad á los viajeros.

Bajo el azote de los huracanes, muchos mozos contrahechos por las opresiones del tugurio y mohinos de timidez inmemorial,

se transforman en jayanes ufanos de pujanza.

En la mejilla mustia y estrujada por el vicio, el aire riega sus semillas metálicas de aurora, y las venas florecen en carnación de bronce, reveladora del carácter firme.

Por la costumbre de mirar al sol sin pestañear, la pupila no se desmaya en la cobardía del disimulo. Mira de frente á las cúspides, á los abismos, á la soledad y al prójimo.

Empleados inservibles que de la ciudad se envían, con los deterioros y lacraduras de muebles viejos, no tardan en tirar el mísero sueldo que les ha servido de muletas, á fin de recuperar su condición de hombres libres y conquistar fortuna independiente, apacentando rebaños.

Los heridos que el ejército argentino abandonó por muertos á orillas de los arroyos, todos son hoy patriarcas amañados á la abundancia de sus hatos, y muchos sombrean sus canas bajo vides generosas, mientras su prole discurre por el valle entre gavillas y vellones.

Son de ver las caravanas de pastores chi-

lenos descendiendo hácia este lado de los Andes, sin más patrimonio que su *piño* de cabras esqueléticas, ni más vituallas que la proverbial bolsa de *ñaco*.

En el primer valle que encuentran al acaso, plantan los cuatro horcones á inmediaciones del arroyo, arman el rancho, lo embarran y se ponen á vivir sin el sobresalto de las azotainas que amenudo sufrieran en el fundo patrio.

A la vuelta de pocos años, las lomas circundantes blanquean más de vellones que de nieve, los clarines de los potros repercuten en las sierras, el trigal ondula hasta perderse en el confín, los graneros panzones se desbordan, y las doradas eras de la trilla, se empenachan de día con las crines de las yeguas, y en las noches de luna con las trenzas de las mozas, que ebrias de amor y vino danzan la zamacueca, dibujando con sus pañuelos liviandades gentiles y con sus caderas ritmos de ansia creadora.

Es así como hoy están estriadas de barbechos las hondonadas más recónditas y llenas de bohios las colinas más abruptas.

Esas gentes tienen admirable habilidad para la canalización. En la región de «Las Minas», por ejemplo, canales que los ingenieros creyeron irrealizables, han sido ideados y abiertos por chilenos, con mínimas expensas. Allí se asombra uno de ver el agua cuesta arriba, faldeando riscos hasta desembocar en una cumbre. Todo eso es obra de un instinto ingénito de raza montañosa, y lo atribuyen á cierto don misterioso de hechicería, especie de hipnotismo, en virtud del cual el agua, al oir determinada frase mágica, emprende su ascensión á la montaña, obedeciendo el curso trazado por el bordón de encantamiento.

Es lamentable que la ley de tierras no dè margen para regularizar la situación de esos colonos, consagrándoles títulos de propiedad lejítima, sobre esos eriales que su energía transfiguró en prados ubérrimos.

Hoy muchos de esos poseedores viven en permanente consternación, esperando la vi-

sita del Juez de Paz, que va á desalojarlos en nombre de un propietario, cuyos únicos viajes por el territorio argentino se limitan á los que hace de su hotel al barrio de la Bolsa.

Los pobladores quedan entonces amenazados otra vez por la servidumbre de un patrón desconocido, que sobre haberse ganado la valorización dada al campo con la fatiga agena, les pone un cánon de arrendamiento extorsionante.

Ante esa perspectiva, las familias emprenden otra vez su vida nómade en busca de otro valle más remoto, ó regresan á su patria propagando el desaliento.

De ahí, de ese despojo repentino, provienen también las cuadrillas de bandoleros que se forman en la cordillera, desencantadas del esfuerzo honrado, despechadas de la ley y desesperadas de hambre.

Todo eso se remediaría fácilmente, desentralizando la administración de tierras públicas, y autorizando á las gobernaciones para reconocer sobre pequeños lotes, títulos de propiedad á los dueños legítimos, á los autores del cultivo.

La actual forma de colonización es en la mayoría de los casos ilusoria.

Al paso que casi toda la cordillera del Neuquén está poblada por poseedores sin título, las regiones destinadas á las tres Colonias Nacionales, Sargento Cabral, Coronel Barcala y Nahuel Huapí no son sino añojales donde no moran ni las águilas.

Exijir á los colonos de vanguardia un viaje á Buenos Aires para ¡contratar abogado! y sacar título, es algo tan absurdo como exigir á los delicados latifundistas de aquí, un galopito á conocer sus dominios dilatados.

Los restos de las tribus aborígenes forman allí otra categoria de pobladores. Son las más humildes, á pesar de su dominio prehistórico.

La mayoría pretende incorporarse al régimen de vida llevado por sus vencedores. Muchos, como el Coronel Namuncurá, que han tenido el coraje de venir á Buenos Aires

á pedir la restitución de un pedazo de su inmenso patrimonio, están prósperos.

Otros hacen su pequeña agricultura trashumante, huyendo de desalojo en desalojo, hasta amontonarse como sapos á la orilla de las vertientes escondidas. Allí instalan sus aplastadas rancherías, donde por obra de quien sabe qué ley de selección secreta, concurren todas las degeneraciones posibles, bajo el imperio sombrío de los parásitos:

Vacas con mas astas que debilidades en las patas; gozques afónicos y de un genio más insoportable que su sarna; cabras de barba venerable y flacura inverosímil; negras ovejas arqueológicas, que esperan el sacrificio ritual del *villatun;* y niños que en la penumbra de los ranchos duermen su herencia de hambre, con las cabecitas de luto reclinadas sobre la barriga de los cerdos.

Hay otros rezagos de tribus pastoras, que desde la conquista permanecen errantes por la cordillera ó por las llanuras inexploradas. Esos se asocian con los bandidos puestos fuera de la ley en Chile, y sólo de tarde

en tarde se les divisa oteando presa sobre una loma lejana, conglomerados como buítres, devorando alguna yegua.

Con los baguales, sus antiguos camaradas, y los guanacos, sus eternos perseguidos, forman su mundo aparte.

A todos los indios en general se les acusa de ladrones. Es cierto que sus nociones de propiedad son muy vagas; pero correspondería considerar si ese excepticismo no tiene su origen en el despojo que les hicimos, y si merecen el rigor de infractores á una civilización que se les notificó á balazos, pero que todavía no se les ha explicado suficientemente en las escuelas.

Lo más oportuno seria reconcentrarlos en una ó varias colonias, donde se les podria hacer propietarios, que es su mayor aspiración. Allí se les vigilaria en defensa de los otros pobladores; y por medio de escuelas especiales destinadas á gravar ciertos conceptos, se les iniciaria en la vida nueva.

A la parte esencialmente pastoril del Territorio, acude con éxcito la colonización boer.

A esos intrépitos les arrebató el inglés su tierra, pero no pudo quitarles su energia.

Todo el desorden de la derrota y el desastre del destierro, nada han podido contra la admirable cohesión de esas familias.

Cada una de esas enormes carretas en que se aventuran á hacer la travesia de los desiertos, es un *home* compacto, donde no sólo viajan las personas, sino las costumbres, las tradiciones y los pedazos de patria desterrados.

Esas barbas luengas de oro, parecen aun enmarañadas por la montaña del África y perfumadas con pólvora. En esos ojos acostumbrados á resistir con altivéz las miradas de los ingleses y los tigres, viajan cielos nativos, arrobamientos místicos y ternuras celestes.

La energia femenil se destaca en ese cuadro.

Las muchachas de quince años arriba, trabajan al lado de sus padres y rivalizan con sus hermanos mocetones en las faenas del campo.

Su misticismo lo guardan en el pecho, sin que se trasparente en gazmoñerias exter-

nas, ni oprima en lo más mínimo el ensanche opulento de las formas audaces.

Cuando se lanzan tras las reses cerriles, galopando á toda rienda, no se sabe si admirar más la pantorrilla enguantada por la bota de gamuza y ceñida al ijar del potro desbocado, ó la rubia cabellera suelta á los vientos libres bajo el chambergo de fieltro.

Todo eso sin perjuicio de que bajo la tolda de la carreta ó entre la carpa del campamento, se las vea repasando su Biblia ó sus poetas favoritos, en tanto que la madre abandona la costura para disponer sobre un cajón el thé tradicional, y que el viejo abrazado de su carabina, deja que huyan retorcidas en el humo de la pipa sus nostalgias.

Otro gremio pintoresco de la vida de Territorio es el agente de policía, llamado cariñosamente por los campesinos el *milico*.

La mayor parte son rezagos de los regimientos que han hecho guardia de frontera.

Algunos proceden de los cuarteles chilenos y no pocos se dan el lujo de recontar á sus camaradas cómo era de bravo Garibaldi en la refriega.

El milico de Territorio es un tipo nuevo, pero de perfiles imborrables. No es el soldado anónimo y mecanizado por el rasero de la ordenanza militar. Es un conjunto de labriego, de soldado y de matrero. Tiene personalidad acentuada por el orgullo de algun célebre lance renombrado, y sin el sable y el kepis que lo llenan de orgullo y lo comprometen á mirar bien al prójimo, haría parte de la muchedumbre presidial. Para ellos, pedir la baja, ó *tirar la ropa*, como dicen, es el trance más terrible de su vida.

No conocen la ambición. Su sueldo dura un día. Llenada su aspiración suprema de conseguir buen *recado,* buenas *pilchas* y un par de botas fuera de ordenanza, lo demás les es supérfluo. Su compañerismo se manifiesta sin reatos. Cuando están de marcha, y esto es siempre, la maleta de *los vicios* y el capón sujeto al anca del caballo, son de todos. Algunos cachafaces que liquidan en el primer boliche su sueldo íntegro, viven

el resto del mes de su *hermanito*, como llaman picarescamente al compañero que está en fondos.

Su tez bronceada y su peculiar psicologia no deben examinarse sino al claroscuro de los fogones.

Poco después de acampar en una aguada, sueltan los matungos, tienden el recado, recogen zampa seca y prenden fuego.

Es entonces cuando el ingenio de cada cual principia á chisporrotear, avivado por ėl fuego del fogón y confortado por el humillo de la carne ensartada en el sable *al laíto de la llama.*

El mate y el tabaco circulan en la rueda, y mientras unos boca arriba miran las estrellas, otros acurrucados al lado de los perros, dejan que su mirada se hipnotice en las brasas ó se solace en las gotas de jugo que chorrean por el acero del asador.

Los gritos de los zorros y el chisteo de las lechuzas les despiertan su predisposición supersticiosa, y es entonces cuando principia el recuento de consejas y episodios.

Alguno habla de las rocas encantadas donde duermen los gualichos, ó de las aguas de

tal ó cual arroyo hechizado por las brujas.

Otro jura haber visto una noche á mandinga conversando con una mula redomona.

El viejo Sargento, refiere los lanzazos más célebres de los Capitanejos afamados y las sorpresas nocturnas de los indios sobre la caballada del Regimiento.

Alguno recuerda al finado camarada que se rodó en un ventisquero ó que se hundió con mula y todo en los menucos de un vado.

Narrar las comisiones arriesgadas que cada cual ha desempeñado con bravura, es típico en sus campamentos.

Los bandidos más célebres de la frontera desfilan por esas narraciones, con gestos y perfiles lejendarios.

Otro habla del compañero que *se desgració* con el sable, estando franco y bebido; ó del que condenó á prisión el Juez Letrado, por habérsele ido la mano al capturar á unos matreros. En esas reminiscencias de finados se nombran caballos y perros que les fueron queridos.

Los criollos de tierra adentro hablan de

su provincia como de un mundo remoto, que llega casi á ser inverosímil para los gendarmes nacidos en el Neuquén ó en algún villorrio fronterizo.

El que sabe describir á Buenos Aires, puede estar seguro de pasar veladas íntegras maravillando á sus oyentes.

Todos, en fin, son historia viva de la conquista y de las Gobernaciones, y críticos de sus respectivos Gobernadores y Jefes.

Allí se oyen opiniones concisas y desnudas, con ese instinto certero del pueblo para juzgar á sus gobiernos. De esos fogones salen frases lapidarias y retratos profundos.

La crónica amorosa tiene capítulos muy largos. El nombre de la fulana ó la Zutana, de memoria remota, hace rascarse la cabeza y temblar el labio á más de un Sargento cabizbajo. Es que ha recordado la sombra querida de una chilena pérfida, que huyó con otro camarada mientras él estaba en comisión.

La zamacueca es siempre el punto de partida de esos idilios agrestes, terminados en tragedia ó velados de dolor.

Casi todos se inician con un rapto y terminan en infidelidad.

La excesiva mayoría de hombres, y las ausencias consiguientes á la vida errante, hacen flaquear la constancia femenil. Las decepciones hondas, cuando no se curan con una puñalada y una fuga, se mitigan con un pase á otra Comisaría bien distante.

Al regreso de cada comisión hay muchos *nidos patiados* y muchas almas heridas.

El desierto es entonces el bálsamo supremo. En la marcha de un piquete, no es raro ver ojos nublados mirando cumbres lejanas y oir cantar en rudas trovas hurañas melancolias.

Esa inconsistencia de los vínculos, y sobre todo el *amor á la ropa*, que no es más que nuestro vicio nacional de empleomania, hacen del *milico* un personaje aventurero y nómade, mas ágil para la tunantada pasional que para fundar hogar firme.

Apesar de eso son simpáticos. Su familiaridad con el peligro, su dolorcito espiritual oculto, sus sangres asoleadas, su musculatura silicosa, su pulmón henchido de aires

libres y su retina espejeante de coloridos melodiosos, todo eso concurre á formar su tipo generoso, valiente y sensitivo.

Y si las mismas cualidades inherentes al medio, ván unidas á las que producen la independencia, los amores apacibles, las ambiciones honestas y las esperanzas doradas del colono labrador, fácil es darse cuenta de la raza que en esas soledades se prepara á florecer en el futuro.

En la ciudad no se sospecha cuánto mal se hace al pais, en fomentar la leyenda medrosa acerca de esos pobladores.

Si los diarios fuesen más celosos de la veracidad de sus corresponsales lejanos, descubrirían que en el fondo de los decantados conflictos, siempre figuran ambiciones de plumarios ó ardides de leguleyos, pero casi nunca un dato fiel acerca de la vida hermosa y ejemplar de los colonos legítimos.

DURA LEX

DURA LEX...

No bien traspasamos la tranquera de la chacra vimos que se nos acercaba uno, que por su edad y porte, trazas tenía de ser el dueño.

De boina, mirada franca, rostro con arrugas de plácida severidad y hombros que denunciaban contextura de toro: ¡vasco! de seguro.

—Nos llamó la atención—le dijimos,—el aspecto de una tan linda chacra en medio del desierto, y queremos conocerla.

—Aquí estamos—nos dijo. Y mientras paseaba su vista por la inmensidad del campo, golpeaba con su bordón sobre la tierra, como para que ésta le confirmase su aserto.

Ahogó luego hondo suspiro con una tor-

sión nerviosa de su bigote izquierdo, y echó á andar por una senda franjeada de rosales.

Cuando llegamos al cerrito, donde la casa se agazapaba bajo la arboleda, ya éramos amigos.

En tan corto trecho él había tenido más de una ocasión para reirse de los hombres, y nosotros para admirar la cantidad de sol y fuerza que había entre sus pupilas.

Por un camino que se desviaba del jardín frontero á la casa, nos condujo á un parquecito de álamos que se detenían al borde de una escarpadura.

De allí se distinguían unas pendientes onduladas de trigales; más allá unos barbechos grises; y más lejos la franja espejeante del río Neuquen, serpenteando entre mosaicos de piedrecillas multicolores.

El canal ingeniado por el vasco ¡sabe Dios con qué esfuerzo! para trepar por los repechos, blanqueaba en ramal de plateadas serpentinas desde el otero al valle.

Apretando las pupilas, y dirigiendo su nudoso índice al barbecho, nos dijo:

—Ahí van los tres varones.

Efectivamente: allá se destacaban, al lado

de los bueyes, las tres camisas blancas de los tres hijos del vasco. Bajo el oro matinal, las nubecillas de polvo que levantaban los arados, las rodeaban de prestigio casi bíblico.

—¡Consuelito! ¡Consuelito! — gritó luego, mirando hacia las parras que sombreaban un alero de la casa.

Y con un vaso de leche en una mano y un mate en la otra, apareció Consuelo, con las mejillas encendidas por la lucha que en su rostro libraban la timidez y la sonrisa.

Sorbo á sorbo gustamos el obsequio campestre, demorándolo para mejor saborear la belleza de Consuelo.

Con su mano, chorreada aún de leche, pugnaba por detener el vuelo de sus rizos electrizados en el aire libre. Como las aguas del Neuquén y las rosas del jardín y los barbechos removidos y los hocicos de las vacas lecheras, sus ojos de café caracolillo requemado parecían exhalar el humo de una combustión prolífica, parecían humear vida y ensueño.

Los broches de su jubón rojo casi crujían por la tensión del seno palpitante.

Como para alejar el miedo de quemarse en esa boca, la sonrisa demostraba por momentos que entre ese cáliz diminuto de borgoña que ebullía, el hielo del ventisquero vecino había cincelado hileras de diamantes sedativos.

Entre las medias negras, las líneas indómitas de sus pantorrillas sugerían contornos de una futura madre de gigantes.

Pero el vasco, quizá celoso de nuestra excesiva admiración por su hija, quizá poniendo en armonía dos misteriosos afectos, nos dijo de repente:

—Son de la misma edad.

—¿Quienes?

—La chacra y Consuelito: ¡sí, señores!

Y nos refirió la consabida historia del embarco en España.

Los hornos de la fábrica le estaban quemando hasta los huesos. Se vino con su mujer y sus tres hijos varones á Buenos Aires. En la esquina Maipú y Cangallo estuvo todo un año quemándose como changador el alma al sol. Dejó la changa para conchavarse con un proveedor del regimiento 7.º que salía para el Neuquén. En la carreta de los

víveres atravesó el desierto, y más de una vez se atrincheró cuando los indios se les venían encima. El general Villegas, jefe de ese fortín, le dió esa chacra *para que poblara.*

Así lo hizo: pobló. Pobló con ranchos, con cabras, con uvas, con bueyes, con gallinas, con flores y con hijos.

—Ahí está la Consuelo—dijo al fin, á la sazón que ella regresaba con el mate, mostrándola como el símbolo supremo de sus pasadas energías; y agregó:

—Me trajo la fortuna: naciendo ella y yo plantando viña y aparrillando trigo. Son de la misma edad—repitió distraído, al inclinarse para tirar piedras á una vaca que le estaba corneando un alambrado.

Con razón el vasco las consideraba gemelas.

Dentro de su corsé de alambre bien templado, bajo su corpiño de felpa vedegay, con sus labios de racimos sangrientos, con sus bucles de oro resonante, con su azogado ce-

ñidor de plata, y con su emanación perfumada de leche y de claveles, la chacra se recostaba jadeante y lozana en la llanura, dejando que al través del velo de su aliento la besase en los ojos, en los labios y en los senos el sol.

Y seducidos por ese prodigio de vida y placidéz, preguntamos al labriego:

—¿Por cuánto vendería usted esta chacra?

—¡No es mía!—nos dijo sécamente, hundièndose la boina hasta lcs ojos.

—Es decir...—agregó pensativo,—es mía... y no lo es... Es mía, porque yo la hice en diez y ocho años de trabajo. No es mía, porque el gobierno no me la quiere vender.

—¿Y por qué no se la vende, si además de ser usted el dueño, al gobierno le interesa poblar los Territorios?

—¡Qué sé yo lo que pasa!—nos dijo, rascándose la frente,—cinco mil pesos me sacó un abogado de Buenos Aires para pedirla en venta; y despuès me mostró una ley nueva en que dicen que «la ocupación no da derecho», y que no me la venden, porque es muy chica, y patrañas y patrañas.

—¿Y si lo desalojan?

—Me voy á aquella chacra—dijo tranquilamente, mostrando con la punta del bordón el cerco de un alambrado distante, donde al parecer ramoneaba una majada.

—¿Y esa es suya?

—Es decir—contestó con sonrisa irónica,—es mía... y... no lo es...

—¿Pero son de usted esas ovejas?

—No son ovejas. ¡son tumbas!...

—¡Ah!...

—Sí, señores... El cementerio del Fortín Vanguardia...

LA CASCADITA DE LOS COPAHUES

LA CASCADITA DE LOS COPAHUES

Aunque indirectamente, de ella se ha hablado á porfía.

Al *divortium aquarum*, á ese enigma andino que ha hecho correr más tinta en las imprentas que aguas contiene el Plata, pertenece la *Cascadita de los Copahues*.

Ensaya sus primeros cabrilleos en una altiplanicie bruñida de nieve en los inviernos y recamada de flores silvestres en verano.

El ventisquero romboidal del volcán Copahue por un lado, y una de las celebérrimas *altas cumbres que dividen aguas* por el otro, se tiran de bruces de repente, para darle fácil paso de Chile á la Argentina.

Piénsase en esos abuelos juguetones, que

se tienden boca abajo en la alfombra, para que sus nietezuelos finjan el *steeple chase.*

No distante de allí se eleva el hito salomónico, rebanando en dos partes para las dos Repúblicas el volcán Copahue, para ese efecto asimilado á melón de sacarina, de esa sacarina prodigiosa con que se endulza en la sangre de los pueblos la alegría de la salud.

En las tardes de bruma, los girones de niebla rezagada se enredan en el asta inaugural de la concordia, porfiando por remendar una bandera con retazos celestes de horizonte trasandino.

El viajero que por aquellas soledades se aventura, por muy Coppée que sea, no acierta á darse cuenta de cómo los perfiles de algo tan declamado como las patrias, están allí tan á la merced de algo tan fugaz como los lineamientos de tan ilusorios espejismos.

Quizá la Cascadita, fresca, inviolada y dulce como allí discurre, tampoco lo percata; y de ahí sus cabriolas de loca sobre esas esmirnas versicolores con que la Argentina exorna por esa parte sus vestíbulos.

A poco andar comienzan para la Cascadita sus angustias de emigrante: si se asoma al borde sur de la altiplanicie, descubre muy abajo una laguna opaca, y como se le antoja que esta es la tina donde el volcán se alivia las quemaduras críticas, da hacia atrás salto tan brusco, que por primera vez llora perlas y espumas. Si se echa en volandas contra la roca opuesta, gritos, golpes y ruegos, son vanos para lograr que le abran un refugio, y por no ahogarse en sí misma, tiene que correr hacia el Oriente, golpeada ya por las piedras que la roca bruja le tira para ahuyentarla.

¿Qué hace entonces?

Lo que los acosados por lo imposible en cualquier parte del mundo: ¡rumbo á la Argentina!

Allí será acatada como documento parlante de lo que adujo en Córtes el perito Moreno. Sus alabastrinos senos de virgencita, opresos contra aquel balcón olímpico, tiemblan de vehemencia, ante la contemplación de las pampas apacibles donde reverbera fecundidad y prepotencia el sol de mayo.

De allí en adelante no llora más espumas: sus gritos de terror se tornan en risueña barcarola: dáse á ondear voluptuosa por la suave pendiente de terciopelos perfumados, y apenas si el aire cristalino de los glaciares le eriza el cutis con su dardear de irisaciones.

Su ideal de bienandanza no dura mucho rato.

Entre ella y la posesión de esas pampas anheladas, se interpone de repente la prueba del esfuerzo, la prueba del abismo.

Más acá de la frontera protocolaria está la frontera de la realidad. Para salvar el límite geográfico apenas si ha necesitado levantarse un momento los encajes de su falda; más, para el salto de un pueblo á otro, para el salto de una nueva adaptación, le es preciso destrozarse las carnes y desgarrarse el corazón.

Un momento se detiene á contemplar el despeñadero que se abre á sus pies verticalmente. En el fondo duerme lo desconocido, con su dentada boca de obscuridades muy abierta. Pugna en vano por retroceder; sus aguas, gorgoteando sílabas de espanto, se

adhieren un segundo á los filos del vèrtice; y empujadas por la brisa del destino, en el vacío se revuelven destrozados en harapos blanquecinos, cabelleras, encajes y pudores.

Su gemido se perpetúa en una sola queja de desgarramiento, en un hoooorroooor... perenne, que en el silencio de las noches llega vigilativo al corazón de los bañistas, dando significado espiritual y trágico á las livideces y temblores de las carpas.

Allá, en el fondo, en el lecho de guijarros donde cae el turbión, un gran ventisquero se arquea para formar una gruta artesonada, que brilla á la distancia como un Brooklyn de cristal tendido sobre los dos flancos de la sierra.

Bajo el misterio de esa alcoba virginal, todo es propicio para que la Cascadita repare los estragos de la caída: ante las columnas de hielo flordelisado aliña su cabellera evaporada, y con gasas de nieve y retorcidos cordones de estalactitas, remienda y se ciñe de nuevo su hopalanda.

Toda serena y blanca, desciende al fin al vallecito del balneario, otra vez abrillantan-

do su ritmo musical entre los acolchonados de cèsped.

Para antecámara nupcial debió ser puesta allí esa gruta misteriosa, que pocos saltos da de allí la Cascadita por el prado, sin que caiga sobre sus senos dulces el beso vigorativo del ardor volcánico.

La posesión es fèrvida: toda la hoya de Copahue está erizada de bocas jadeantes y sedientas de frescura. Los labios de piedra ígnea, con ronquido de metal atormentado, imploran á los ventisqueros un sorbo de agua. Las fumarolas se empinan sobre la superficie, llamando con sus delantales de humo á las nubes fugitivas.

La tierra retiembla estremecida por el ritmo resonante de las calderas subterráneas, como si á toda máquina pasaran por allá abajo—en son de zafarrancho—los acorazados del infierno.

Por instantes alguna jeta de guijarros exhala un resoplido cavernoso, y tras èl deja escapar, como vampiro huyendo de un infierno, una lúgubre mariposa de ceniza, que contamina el ambiente con sulfuros trágicos.

A trechos se descubre alguna piedra humeante incendiada interiormente: algo á imagen de cierto corazón gentil que yo conozco, que, devorado en el fondo por supremos amores, humea en silencio sus idilios serenos, y sin vistosas llamas ni borbollones de soberbia, destila de tarde en tarde gotas de metal noble y joyante.

Valga la subida temperatura de estos párrafos, para que se presuma con qué ardor insaciable son desmenuzados los azahares de la Cascadita que da sujeto á este capítulo.

Y es de ver el instante de ese encuentro. Ella, al verse abrazada y abrasada por el fuego, destrenza sus bucles en mil hilos brillantes, expande sus alburas sobre los cojines de gramíneas verdegay, y en cada pecho vertiginoso que la ansía, se abandona hasta saciarlo.

La fecundación es instantánea: es entonces cuando aparece en cada uno de esos respiraderos de la vida eterna una fuente de salud. Cada borbollón termal es una fiesta: la fuerza danza con jovial zapateo: sonríe al firmamento con mil pupilas que, después de

retratar el iris, revientan de entusiasmo; y bebe, y echa al aire el rumor de sus gargarismos deleitosos.

Todo eso viriliza y ufana: no se pasa al lado de las vertientes sin que muevan á sonreir sus mil ojillos picarescos, cuyo parpadeo contínuo parece que acelera el ritmo de la sangre. Bate el corazón sus alas, como suelen hacerlo las palomas cuando aplauden las frescuras de su baño vernal. La verberación de las arterias hace contraer los puños en instintivo ensayo de pujanza.

Al respirar esos gases vitriolados, la nariz palpita con ensanche sensual, en ímpetu de inhalar metales para blindar los huesos.

La energía humea ensueños en la sangre, como hoja toledana entre la inmersión de gracia de su temple.

Bajo ese soplo vibrátil de metal aéreo, placería al carácter tender la espalda para el cintarazo victorial.

Siente el cerebro cosquillear en sus fibras la ebullición fulminante de las esencias creadoras...

La amada ausente y el ideal lejano cantan en la memoria, y al apretar uno los pár-

pados para mejor oir esa armonía, la vista desgarra el muaré gris del horizonte, hasta resbalar acariciante por los senos blancos y erectos de la cúspide andina.

Es en torno á esos surtidores donde los bañistas cavan las piscinas para sus baños, siempre que cuenten con la cooperación de la Cascadita, única encargada de mitigar la temperatura irresistible de esos vapores.

Sin ella, la química de esa hoya no sería para la Argentina la panacea que hoy es.

Ningún bañista osa sumergirse en las termas, sin que al alcance de su mano tenga el agua de la cascada.

Cuando el alma humeante de la piedra en combustión amaga ahogarlo, ó el volcán deja escapar un resoplido de fuego, alarga la mano en demanda de auxilio al agua fría.

Esta acude ágil á ceñir en sus brazos de frescura al bañista, por más que tenga de sufrir en sus carnes las quemaduras volcánicas.

Hace la impresión de una aristocrática enfermera de la Cruz Roja, cuyo talle flexible ondulase blanco y leve entre las rojas agonías de un campamento.

Los mil brazos que abre para recibir la posesión volcánica, siempre están dispuestos á hundirse en las redomas incandescentes de esa farmacia, para salir colmados de ampollitas de salud y vesículas lustrales.

Sus dedos marfilinos, cuando ya no tienen cicatrices que zurcir, dan un retoque artístico al enfermo: ó con pinceles invisibles le pintan rozagancia carmínea en las mejillas, ó en arpas de cristal le tocan al oído romanzas de juventud.

Cuando su presencia no se necesita entre las termas, victoriosa del esfuerzo y rica en merecimientos, sigue su descenso hacia los valles argentinos.

Es verdad que al tirarse á descansar en la laguna de Trolope, su tez va más trigueña y su virginidad ya no albea; mas, lleva en cambio vigor germinal entre sus átomos.

En su viaje al Atlántico recibe el beso acidulado del río Agrio, y sigue ejercitando sus pinceles en las flores de la ribera y destilando sus filtros de savia en las raíces.

Allá en las pampas, donde reverbera prepotencia el sol de mayo, cuando el toro sen-

sual sale á besarla, ella le dice al oído la fórmula cabalística de la vida pujante.

Y fué de manera que una noche, cuando, ya familiarizada con las insolencias del Océano retozaba vocinglera con las anclas, se asombró de que el hierro de las naves guerreras no haga lo que ella con el de Copahue: refundirlo en las arterias de la vida.

Y empinándose sobre la ola amarga, tiró rosas de espuma al pecho de los cañones, que, con su boca abierta, hacían el signo de la nada al cielo, y en acento de dulzura díjoles:

—Estáis perdiendo lastimosamente el tiempo con vuestra actitud amenazante. Nuestra Señora la frontera está tranquila. Ha poco que ordenó en todas sus almenas de granito desmontar su artillería, apagar sus penachos, regar el azúcar de la paz sobre las arenas de la lid, y repasar sobre la sierpe de las lindes el rastrillo de la fraternidad. Mandó también abrir hacia las corrientes de la vida los hornos de fundición donde se templaban máquinas de muerte.

El «Copahue» y demás capitanes argentinos de la legendaria guardia fronteriza dejaron ya de mano el ejercicio y arte de la guerra, para ceñirse el cordial mandil blanco de enfermeros y alquimistas.

La Humanidad está exangüe. La Humanidad está pálida.

Esos grandes tumores de pólvoras y de hierros militares la están aniquilando. Si vosotros sois en verdad soportes de la fuerza, haced lo que yo hice: bajad á tierra para ser fecundidad en los barbechos, ó resorte de salud entre las carnes. Ya veis mi obra. Si porfiais por seguir de trasatlánticos, haced de modo que derramèis sobre la volcanicidad de nuestros pueblos, siquiera quincenalmente, cascaditas de sangres europeas.

Vuestro hierro es el que no ha mucho corría por la sangre de las gentes: ¡Devolvedlo!... ¡Devolvedlo!...

BALAZOS PATRIARCALES

BALAZOS PATRIARCALES

Sus recuerdos de esa época son vagos. De Buenos Aires no menciona sino la calle del Cuartel. Catamarca sí que persiste en su memoria.

Pero ¡tan lejos!, dice, con la nerviosidad de quien se retira prudentemente de un abismo. Lo asustan quién sabe qué visiones de la infancia.

Sus hirsutas cejas blancas se enarcan convulsas al hablarle de esos tiempos remotos, como si pugnase por encerrar en paréntesis de nieve ese período de su vida.

Un viajero le dijo alguna vez que Catamarca debe quedar más allá de las nubes que se amontonan sobre el cráter del Trómen, y

desde entonces mira enternecido hacia ese lado de la cordillera. Entre la gasa fina de esas lejanías y la blanca y ténue que tiembla sobre sus pupilas de anciano, se interponen vaguedades de misterio.

Y él no gusta de descifrar esos enigmas.

Cuando la ajena curiosidad plantea ese capítulo á sus reminiscencias, él le pone punto final seco y rotundo con un golpe de su bordón sobre el suelo.

Desde el día en que se alistó como soldado ¡eso sí! En hablando de sucesos acaecidos de esa fecha para acá, es de verlo, vivaracho y marcial, irguiendo el cuello para que sus pupilas irradien miradas con resplandor de bayonetas.

De Río Negro en adelante la marcha de su regimiento, hasta ganar las pampas de Ñorquín, fué incesante acometida contra el indio voraz.

Fué allí, en esos desiertos, donde un coronel lo hizo sargento, en compensación de unos lanzazos que todavía le hacen temblar las carnes de ufanía.

Desde entonces no habla de sí mismo sino en tercera persona. ¡El sargento Juárez!

Ahí principia el fenómeno de desdoblamiento de su persona.

El recluta catamarqueño y el soldado obscuro que llegó al Neuquén, pasaron al olvido. El sargento Juárez no se digna mencionarlos. Con cierta dolorosa emulación habla de sus camaradas y amigos; el cabo Alarcón, el sargento Carranza y el teniente Añelo, cuyas tumbas son hoy sitios geográficos en el mapa argentino.

Pero no se queja. Su popularidad entre los indios y demás población del territorio sostiene sus avaricias de grandeza.

Mas, también el sargento Juárez fué terrible. Culpa es de la Virgen del Valle si él no llegó á la gloria de esas gentes.

Concluída la guerra de conquista, él no quiso resignarse á regresar con su regimiento á Buenos Aires. Allí volvería á ser uno de tantos, un anónimo, algo muy extraño á sus destinos de individualidad firme y severa.

Cuando las tropas se retiraron, él quedó solo en el desierto, sin más patrimonio que el abrazo del jefe, su carabina, su sable y su caballo.

Por allí galopaba á la ventura, sin súbditos ni rumbo, hasta que acampó en la cumbre de una sierra que él mismo denominó «Sargento Juárez», nombre con que hoy se designa en todo el territorio de Neuquén á esa región.

En los veinte años transcurridos desde entonces, casi forman leyenda las hazañas con que logró resistir las embestidas de los bandoleros chilenos y los malones de los indios.

Con orgullo de sargento de línea defendió palmo á palmo sus dominios: hizo rancho á modo de fortín; reunió rebaño por antojadizo impuesto de conquista; y así melló su sable contra el cráneo de sus asaltantes, como abrillantó el rústico arado roturando tierra virgen.

Todo eso con severidad de centinela único de esa parte de los Andes, sin más Dios ni más ley que su indomable individualismo y su delirante gloria de sargento.

El hecho es que se impuso en toda esa cordillera de Ranquilón, sede antes de caciques, arraigando su prestigio de buitre solitario en muchas leguas á la redonda.

Cuando los pobladores argentinos princi-

piaron á llegar á esas regiones, á la sierra del Sargento Juárez había que aproximarse de hito en hito, con cierta respetuosa superstición de peregrinos medioevales.

Por entonces ya él era hombre de cosechas, rebaños y tropillas.

En él se había operado la transición sociológica del sable á la herramienta y del holgazán al labrantin.

Sus capataces eran soldados rezagados de los regimientos argentinos, y en su servidumbre actuaban como mansos pastores, aristocráticos capitanejos vencidos ó legendarios prófugos de Chile, domesticados con su vieja carabina.

En las cercanías de su rancho, se ven aun cruces dispersas, puestas por él mismo en cada uno de los sitios donde sus granos de plomo hundieron en la eternidad cada adversario.

Seguro ya de su absoluto predominio, el sargento Juárez inició su segundo y más simpático período de *pioneer*: el de la hospitalidad.

En él lo conocimos.

En el trayecto de Chos-Mabal á Ñorquín, es forzoso allegarse à su morada.

De las llanuras de Taquimilán se ascienden fatigosamente los estribos de la Cordillera fronteriza, hasta llegar á las serranías de Ranquilón.

Al terminar la ascensión de esos repechos, la casa del sargento es grato refugio indispensable.

La vista se refresca en las remotas hondonadas grises de la lejanía, donde las nubes, echadas sobre los armiños de los Andes, simulan adormecidas manadas de osos blancos.

El pulmón se hincha de aire abrillantado entre la nieve y perfumado entre romeros y tomillos; y en la sangre se sienten extraños cosquilleos de iris solar, que clavan agujillas de ensueño en el espíritu.

Ese es el estado de ánimo que el sargento Juárez aprovecha para hacer sus apariciones patriarcales á la vera del camino, invitando al refrigerio.

Cuando ha instalado al viajero en los corredores de su casa, con amplia vista hacia

sus trigales y rebaños, entre mate y mate nunca le falta la ocasión de gruñir con voz marcial:

—Soy el sargento Juárez.

Y ese es tema seguro para iniciar la narración de sus hazañas ó para inquirir, como al acaso, por algunos de sus subalternos de otra época, que él sabe actúan ahora de jefes y oficiales.

Cuando las cabalgaduras pacen en las dehesas y los viajeros han instalado en las corralejas sus fogones, el sargento desenvaina su cuchillo para dirigirse á la cocina.

Esa es su hora sagrada. Allí lo espera su servidumbre con los cabritos maniatados en el suelo.

La reminiscencia bíblica se impone. Quizá èl no sospecha siquiera que en esos momentos en que degüella los cabritos, reproduce en la cumbre de los Andes las escenas de Canaán, cuando se aderezaba la leña del holocausto para las «ofrendas encendidas del olor de holganza».

Hecho el desangre, á cada fogón despacha la porción de carne, con el siguiente mensaje

que ha llegado á ser proverbial en el Neuquén:

Ahí va el cabrito del sargento Juárez.

En la noche, cuando ya no se oyen sino los gritos lejanos de los zorros, la barba blanca del sargento Juárez suele hacer apariciones fantásticas alrededor de los fogones, rociando con la ginebra de los viajeros el pacto de su amistad hospitalaria.

Cuando nos tocó oirle sus relatos, quedamos asombrados de su candidez infantil.

Se cree dueño de cuantas leguas abarca su mirada.

Apenas principia á sospechar que algo raro sucede por acá en la oficina de Tierras y Colonias. Se queja de ciertas irregularidades del gobierno. Ya principian á molestarlo los intrusos en esas sus tierras *que le dejaron* los indios.

Con ingenuidad verdaderamente cómica, habla de un tal Bernardo de Irigoyen, que dicen ser dueño de la pampa de Ñorquín.

Y eso lo refiere como una enormidad; y se ríe... desenredando con sus uñas de acero las luengas madejas de su barba blanca.

Al despedirnos de ese curioso visionario,

para seguir la ascensión á la frontera, lo mejor que le pudimos desear fué una muerte tranquila antes de su irremisible desengaño.

Héroe de la soledad, conquistador por sangre, soberbio ejemplar de orgullo individual, manso buitre de esas sierras, no merece ser destronado de su feudo ilusorio por un simple juez de paz.

Poste de horca olvidado allí por la conquista, tuvo el mérito de reverdecer y cargarse de los primeros racimos de la agricultura argentina en el Neuquén.

La mengua de su cuchillo de sargento, lavada está de sobra con el jugo de sus viñas y la sangre propiciatoria de sus cabritos proverbiales.

Días después de aquella despedida, instalados ya en las termas de Copahues, mi compañero golpeaba la frágil columna que sirve de hito internacional en esa altura, y en tono de reminiscencia cariñosa, decía:

—¡Adiós, sargento Juárez!

Y en las tardes, recostados sobre el prado que á despecho de la geografía se entrelaza sobre la linde, esperábamos á que el sol de mayo se escapase á descongestionarse en el Pacífico, para regresar nosotros á las carpas, bien provistos de fresas, chupando sangre dulce.

LUZ LIBRE

LUZ LIBRE

Dificil cosa seria sostener que entre la cultura moderna y las leyes de la vida existe correlación armónica.

Mas bien podria llegarse á demostrar que nunca el miedo á la luz ha sido tanto, como en este que se ha dado en llamar siglo de luces.

La verdadera luz está en derrota, ante las imposturas de las luces falsas y mefíticas: la de gas, la de aceite, la de sebo y la de sabiduria.

Entre los establecimientos de ilustración y los salones de lustrar zapatos se acentúa la analogia: se da lustre con tinta.

Como las botas y los arneses flamantes, la inteligencia charolada se impone. No seria

ya muy aventurado ir tomando al pie de la letra esa atrevida paradoja, de que un hijo no debe perdonar nunca á su padre el atentado de haberle enseñado á leer.

Huir de la naturaleza parece ser la consigna civilizadora.

Es verdad que en los Colegios se presta ahora atención á los ejercicios físicos; pero estos se reducen al anhelo inglés de rivalizar con los potros en agilidad para cocear.

Los Andes que debian ser el gran gimnasio de la juventud americana, todavia son patrimonio exclusivo de bandoleros y guanacos.

A las generaciones nacientes debía imponerse esa peregrinación anual, como medio único para reconciliarlas con el sol americano y devolver á la sangre de la raza sus remotas claridades. Como en las planchas litográficas, con química de luz solar debia el pais rubricar los corazones.

Las fiestas andinas que los Incas consagraban á la pubertad, debian restablecerse.

El libro nos desarraiga, nos falsifica y nos deforma.

Por ejemplo: Cuando llegamos al Colegio

Nacional, con nuestras pupilas aún predispuestas á vivir en cada aurora un siglo y en cada reverberación lunar un infinito, nos invitan á pasar por el curso de Física, verdadera encrucijada en que el profesor nos espera con un puñado de ceniza para cegarnos de por vida.

Y nos dice: El sol dista tantas y la luna tantas miles de leguas de la tierra. Los colores permitidos por la ley son siete. Los demás no hay que verlos. Son prohibidos. Las velocidades de la luz, como las del automovil, están reglamentadas. No puede viajar á más de tantos kilómetros por segundo. La luz que no tenga tal número de vibraciones por segundo, es falsa. La que no pase por estos ó estotros cuerpos, es intrusa. La que son:'ia de tales modos, no previstos por las leyes de refracción, es delirante. La que no se una con su consabido color complementario, es adúltera. La que al pasar por la pupila humana no diga tal ó cual frase banal, es insurrecta. La que no puede ser vista sino con los ojos bien cerrados y el corazón bien palpitante, esa es bruja loca que antes

merecía exorcismos de los frailes y ahora estudio de Psicólogos.

Resultado: Cuando salimos del aula, ¡ciegos ya para siempre! el sol, la luna y los colores del iris, no merecen nuestro asombro: ¡Sabemos lo que son!

Basta abrir el viejo libro de Ganot para curarnos de esas maravillosas inquietudes que sufríamos en la infancia.

De ahí en adelante sigue siendo de mal gusto detener la atención en simplezas de esa laya.

Apenas si de tarde en tarde respondemos á un chico impertinente: ¿Luz? ¿ocaso...? ¿colores...? ¡Pavadas! ¡Refracciones! ¡Ether! ¡Prismas! ¡Escalas!

Y sin volver á ocuparnos de observación tan baladí, seguimos los estudios hasta obtener título de dictadores sobre la salud de los cuerpos ó el gobierno de las sociedades ó el itinerario del universo.

Allá en plena agonía—cuando los aletazos de la muerte despejan por un instante los inciensos de la sabiduría—solemos darnos cuenta de que derrochamos una vida sin haber gozado de la luz, es decir, del único

deleite que merece el anhelo de vivir una eternidad sobre la tierra.

¿Por qué? Porque la escuela nos había quitado lo que indudablemente debe ser la gracia original: la facultad divina del asombro: esa que en la cuna nos hace cerrar los ojos para vivir siglos de gloria en el primer rayo de sol.

Culpa es de las cuadrillas de pedagogos que andan por ahí porfiando para que nadie llegue á viejo siendo aun niño.

El maestro de escuela es el gran Moloch contemporáneo.

La degollación decretada por Herodes no ha terminado todavía.

Todo esto quiere decir que nuestra civilización combate el divino don de asombro ante la vida, único que podría conducirnos al ideal de poseer en cada miembro de la humanidad un sabio.

No es insensato un niño cuando alarga su manecita para armarse de un reflejo ó cuando porfía por pelizcar la luna, confundiendo esa blancura con la dulce y sabrosa del seno de la madre.

Estúpidos nosotros cuando llegamos á

creer seriamente que los planetas distan miles de leguas de nosotros.

Las damos de muy vivos cuando alardeamos de *no comulgar con ruedas de molino*, y mil veces al día nos metemos íntegro el sol por las pupilas, sin darnos cuenta de que con toda holgura nos hemos devorado al más importante de los mundos, quedando en disposición de devorarnos por la noche la bandeja de la luna, con todo su reguero titilante de bombones y grajeas.

Ese trastorno en la sensibilidad y esa fotofobia reinante, son indudablemente producidos por nuestra prolongada permanencia en las ciudades.

Los techos y los muros de piedra nos aislan del celeste ritmo rutilante.

La luz nos llega contaminada en el vapor opaco de las fiebres humanas, rota por la pizarra de las azoteas y adulterada por el cristal grotesco de las claraboyas turbias.

Es luz muerta y podrida, sin los ardores y melodías indispensables, para que nuestros átomos reciban el mensaje de los astros.

Los corpúsculos solares llegan á nuestros glóbulos sanguíneos, con las alas destroza-

das y sin fluidos musicales suficientes para enseñarnos la canción suprema.

La sombra nos herrumbra los nervios.

La nauseabunda luz artificial engendra en nuestro cerebro vegetaciones enfermizas y colonias de larvas ponzoñosas.

Los buhos ominosos del hastío se aposentan en el cráneo.

Los claveles acancerados del sensualismo triunfan allí sobre los lirios del ideal. La cúpula del pensamiento se puebla de vampiros traicioneros; y de lo que debía ser el nido de la alondra, se escapan en vuelo taciturno las mariposas negras del terror.

Bañarse el espíritu en luz de las ciudades, es como bañarse el cuerpo en estanques de agua sucia.

A fuerza de vivir en la penumbra, los ojos llegan á ser tan insensibles como esos de cristal que nos sonríen con estupidez de piedra en el muestrario de los oculistas.

Así se explica uno el que se tope de repente con personas muy ilustres, cuya sensibidad es un verdadero calabozo. Si uno se les asoma por las pupilas, tiene que retroceder

horrorizado ante el soplo de fiemo con que la tiniebla de su pecho nos insulta.

La neuralgia facial que acomete á ciertos señoritos á la moda, cuando reciben una dosis de sol libre en la cabeza, es explicable: son los mordiscos de las sabandijas cerebrales en apuro de fuga ante la luz.

La decadencia de nuestra energia, se debe en gran parte al abandono de los cultos solares.

El cristianismo nos ha hecho doblegar demasiado la cabeza.

En cambio de la tradición araucana, de pedir gracia al dios Pillan, al gran sol, en la cima de la montaña, hemos aprendido á rezar de rodillas en la penumbra de los templos.

Al himno triunfal de las «vírgenes del sol» en las mecetas de los Andes, corresponde hoy el coro gemebundo de novicias esterilizadas en la sospechosa obscuridad de los conventos.

El íntimo parentesco sudamericano con el Dionyso griego ya no existe.

Nuestra juventud todavia sufre doblegada bajo los cintarazos deprimentes de Cortés y

de Pízarro. Desde entonces vivimos sin comunicación directa con el Sol.

En tanto que las iglesias importadas rebosan de fieles macilentos, en nuestra gran cordillera ya no se envían besos ni se saluda con desnudeces, flores y esmeraldas al Dios.

Nuestros caciques ya no se cubren de oro en polvo para su inmersión sagrada en las lagunas; pero nuestros caudillos se hunden con monedas y todo en la cloaca electoral. ¡Y así salen!

A los niños se les engaña cuando se atreven á mirar al sol bien frente á frente; y en cambio á todo espíritu en desgracia se le cubre de crespones.

Cualquiera sin nuestras preocupaciones supondria, que si al moribundo se le confina en cuarto obscuro, es para que no le sea tan dolorosa la transición á la sombra de la muerte. Y no es así: Tal barbaridad se hace, porque se ha convenido en suponer que el dolor debe estar siempre aislado de la luz, siendo ésta al contrarío el único lazo que tenemos con las radiaciones de la vida.

No es extraño que á un enfermo se le recluya en la tiniebla de la alcoba, y se le cons-

terne con bolsas de oxígeno y negrura de sotanas, cuando luego, estando ya indefenso, se comete el incalificable abuso de emparedarlo por siempre en un sepulcro—diz que porque está muerto y huele mal—como si la sociedad no estuviese colmada de muertos ambulantes y de vivos mal olientes.

Siquiera la cremación cadavérica es misericordiosa y más alegre: Con mortajas ágiles de púrpura, despedido por nuestro carnal chisporroteo, se embarca uno en cualquiera góndola de aire, con rumbo al Sol y escala en las estrellas.

Tal lobreguéz en nuestra manera de pensar y de sentir, está indicando que nuestras comunicaciones con la luz están destruidas.

Vuelven los tiempos en que para sentir hondo y pensar alto es preciso un periodo de vida solitaria en el desierto.

Las Universidades bulliciosas tienen que ceder su misión á las ermitas.

El regreso á la montaña se impone.

El bastón de los pisaverdes y doctores debe restituir su predominio al bordón del peregrino.

A pesar de los kistes hidatídicos, va sien-

do preferible la compañía de los perritos de San Roque, à la de ciertos amigos de más contagiosa virulencia.

Tebaidas, las tenemos de sobra. Nuestra cordillera permanece solitaria, á pesar de sus escalas de alabastro para conducirnos á planicies que son verdaderos vestíbulos del Sol.

A poco avanzar en esas soledades nuestras pupilas principian á recobrar su primitivo dòn de asombro.

La brisa nos arranca el lente artificial incrustado por la escuela. La obsesión de líneas cómicas y rampantes, se desvanece en contemplaciones de curvas soberanas, cuyo dibujo restablece el pensamiento á órbitas de amplitud indefinible.

Las líneas rectas no fatigan, porque cualquiera de sus extremos conduce la mirada con ágil suavidad al infinito. Las sinuosidades no evocan recuerdos de reptiles fugitivos, sino de majestuoso ritmo de astros.

El corazòn no se siente palpitar con timideces de conejo agazapado, sino con impulso de corcel rijoso.

A medida que la pupila se va purificando,

el aire va descubriendo su profundidad maravillosa.

Las distancia entre el cerebro y el sol desaparece, porque cada hilo de luz llega templado con las vibraciones de su origen, y al penetrar en las arterias, bruñe los cristales de la sangre, y de cada glóbulo hace un prisma donde quiebra iris sutiles y ricos en matices indecibles.

Esa luz así descompuesta inicia la retina en la visión de un mundo interno, donde cada átomo de aire estalla como cristalina bomba de colores, y donde cada chispazo de la idea que nace relampaguea entre la red nerviosa, como el rayo en una selva.

El mundo de la línea se multiplica inmensamente, porque en vez de percibir tan sólo los contornos de los cuerpos opacos, la vista descubre los perfiles movibles de las ráfagas de aire, y el juego infinito de los lampos solares entre las flexibilidades femeniles de la humedad flotante en suspensión.

La misma sombra nos sorprende, con su mundo de tonos superpuestos y su riqueza de claridades latentes.

En la vida interior también cumple la luz fenómenos de purificación profunda:

Como las flores y las frutas bajo los rayos caniculares, el pensamiento se aterciopela, se tiñe de matices nítidos, cada uno con la temperatura, el significado y el aroma que le corresponde en la correlación de las escalas.

Como las aves del trópico, las ideas coloran su plumaje con pètalos de flores y jugos de racimos, hasta que ebrias de perfume, compenetradas de nectar y maduras para el canto, en ellas se cumple el desborde armonioso del gorjeo.

Esa gota de miel que todo rayo de luz filtra en el pecho, cuaja entre la sangre sus prismas azucarados, y es en estos donde se reflejan las estrellas y donde bruñe la bondad sus perlas, y donde las chispas de la alegria brillan en ritmos floridos y electrizan los timbres de la risa.

Entre los iris atmosféricos y los metales sanguíneos, se establece un cambio de reflejos, que por cada pulsación ofrecen un deslumbramiento espiritual.

Es entonces cuando se dá uno cuenta de

que para el hombre de pupila pura y alma blanca, hay en la vida tantos paisajes diferentes, como número de saltos le haya dado el corazón.

Y para recuperar esas virtudes eximias, no hay como despertar del ensueño babilónico, y restregándonos los párpados como los niños cuando saltan del lecho, irnos á los Andes, no solo á ver sino á respirar luz primitiva y á tender el alma al sol sobre los ventisqueros ó las fresas, ni más ni menos que si se tratara de cualquier trapo campestre.

La vida intensa es facil, pero hacer cosas fáciles se va haciendo dificil.

CRÍMENES AÉREOS

CRÍMENES AÉREOS

Dió un prolongado suspiro de fatiga al sentarse bajo un ventilador eléctrico de la confitería. Miró á la concurrencia en torno con recelo y desagrado. Mientras en el bar se atendía nuestro pedido de *whisky-sour*, se comprimió los párpados cerrados, como queriéndose hundir los ojos entre el cráneo; y me dijo en tono de repentina revelación:

—Eso es lo que sucede. Convénzase usted. No se ría. No me vaya usted á tomar por loco. Hoy me he dado cuenta exacta de todo eso...

No pudiendo yo establecer ilación entre esas frases nerviosas y las pueriles que veníamos cambiando, por la calle de Florida, lo interrogué con un instintivo movimiento de asombro, y él me dijo:

—Es verdad: estaba distraido; me preocuban el peso en el cerebro y el atolondramiento que usted hace poco atribuyó al calor reinante.

—Bueno, y decía usted...

—Decía algo que nunca me he atrevido á comunicar á mis amigos chacoteros, pero que á usted quiero confiarle. Es un descubrimiento; ó si usted gusta, una interpretación antojadiza. Puede no ser una verdad científica, pero para mí es más que eso: es una verdad personal...

¡Y tanto monta!

Mi amigo había regresado el día anterior de una larga jira por los territorios nacionales. Acabábamos de encontrarnos en la Avenida de Mayo, y mi primera impresión fué de sorpresa por la desazón nerviosa que en él no era habitual. Miraba á los transeuntes de reojo, con rencor y desprecio. Parecía que hubiese perdido la noción de espacio. Temía tropezar á cada paso. Los automóviles que se deslizaban por el pavimento le hacían detener la marcha y asirse convulsivamente de mi hombro para no caer.

Graves eran esos síntomas en un camara-

da tan flexible y desenvuelto en el bullicio de las grandes capitales. Los atribuí á la depresión que produce el calor tórrido del febrero bonaerense, y por eso lo conduje á la confitería.

Cuando me anunció su descubrimiento, creí que se tratase de alguna mina en el Neuquén, ó de algún otro tesoro nuevo de esa laya.

Acodándome á mi vez sobre el mármol de la mesita, me dispuse en ademán de oir algo íntimo; y él continuó:

—Todo el mundo se equivoca. Yo creo haber descubierto el secreto de la felicidad humana.

—¿La célebre camisa?...—le dije sonriendo, en tanto que yo evocaba con alarma el recuerdo del Dr. Cabred y su *open-door*; pero mi confidente exclamó:

—No señor. Es algo serio y real. El hombre nunca llegará á ser feliz mientras no se descubran sus fronteras.

Hoy por hoy, está completamente inexplorado. No se le conoce sino una pequeña parte de su extensión. Ignoro por qué la tierra no se traga á los pintores por zonzos,

cuando, después de copiar los perfiles de una persona, dicen: *Fulano de tal.*

Yo he creído siempre que los cadáveres deben reirse interiormente de los ilustres profesores, cuando éstos en las mesas anatómicas enseñan á sus discípulos los límites y encrucijadas de los territorios humanos.

Con ese criterio tan bárbaro, de no dar á las cosas más dimensiones de las que perciben las pupilas, el sol no debería ser más grande que un queso de Tafí.

De ahí que los códigos penales sean en todas partes un monumento de oprobio. Al enumerar los delitos contra las personas omiten los más graves. Castigan, por ejemplo, una puñalada en el estómago, herida relativamente leve; y, en cambio, dejan impunes las agresiones más inicuas contra los órganos más finos de nuestra sensibilidad.

—¡Ah! sí—le dije,—los ataques contra la reputación de la honra...

—No me entiende; yo no hablo de esas convenciones sociales; ni mucho menos del célebre sofisma de la personalidad. No me confunda usted con los espiritualistas, idealistas y demás de la patraña declamadora.

Yo hablo de nuestros cuerpos físicos, materiales, mortales. Todo el mundo es víctima. Vivimos entre jueces y gendarmes, y, sin embargo, no hay quien no esté herido gravemente. A la cárcel no van sino los infelices malhechores que nos atacan en la carne; ¡fíjese bien! en la carne: en la parte más pequeña é insensible de nuestro cuerpo...

Los grandes asesinos andan sueltos...

***

Debió observar mi creciente alarma entre ese laberinto de paradojas sin clave, porque se apresuró á decirme:

—Créame usted; nosotros somos muy extensos. Nuestro cuerpo no termina en la epidermis. Nuestros contornos visibles no encierran sino una pequeña célula de nuestro organismo. Lo más noble y delicado de nuestro cuerpo es lo invisible, lo aéreo, lo radiante. Cada persona tiene un circuito fluído más ó menos extenso según el grado de cultura adquirida ó heredada. En la carne se

cumplen las leyes groseras de la sensibilidad elemental; pero en el gran radio nervioso que la complementa, reside la esencia pura de la vida, fluyendo de órganos sutiles, cuya vibración obedece á las leyes fisiológicas eternas y precisas.

La estàtura de una persona no puede medirse desde la coronilla á las plantas. Ya es tiempo de que se reformen las reglas de filiación hoy en uso. Yo conozco niños de cuna, mil veces, mil leguas más corpulentos que ciertos políticos que se dicen hombres *de volúmen.*

En cambio, larga es la nómina que tengo ya formada de gigantones vendehumos, que fingen hacer gracia de buenos cuando torturan su abdomen para inclinarse hacia las gentes, y que en realidad de justicia les correspondería caber holgados en una cueva de vizcachas. De los tales he visto unos, que dan ansia de llamar peones de la esquina para desarmarlos, como á los aparadores, cuando dan sus sorpresas de simulación en los umbrales.

Datos tengo muchos; pero la esencia es ésta: Entre nuestra persona carnal y nuestro

cuerpo completo existe parecida proporción á la que hay entre el carbón incandescente y la radiación de un faro; entre el grano de pólvora y el radio sonoro de la detonación; ó entre una corola fragante y la inmensidad de brisas que perfuma.

El sonido causado por un ¡ay! de pena se extingue para nuestro oído ordinario; pero, como el trueno entre las selvas, su eco sigue rebramando lúgubremente en los horizontes de nuestro flúido nervioso, quizá sin llegar en muchos años al confín de nuestro cuerpo sensible.

Si esto no fuera exacto, el mal al prójimo no sería tan malo. ¿Recuerda usted eso de la persistencia de la fuerza y la continuidad del movimiento? Piense bien. La idea de eternidad tiene su razón de ser. Los códigos penales del infierno están mejor fundados en la antropología que los nuestros.

Observe usted que mi teoría está de acuerdo con la evolución de la justicia humana: Así como las leyes del talión castigaban al órgano empleado directamente en acometer, nuestra justicia castiga á nuestra carne, á la mínima parte del organismo agresor. Día

vendrá en que los médicos sepan realmente anatomía, y entonces se legislará de otra manera y quizá podremos vivir en sociedad.

De las constituciones quedarán pocos capítulos en pie. Ese más costoso de «Los derechos y garantías individuales», deberá ser reformado. El derecho de locomoción, por ejemplo, tendría que ser muy distinto del que hoy es.

Por lesión enorme y enormísima habrá que rescindir el cèlebre contrato de Rousseau, con todos sus otrosíes.

El concepto de libertad, ese sofisma de mecánica, consistente en mantener rodando sin rozarse muchas esferitas dentro de un gran globo giratorio (sistema insaculación de loteria), tendrá que ser ampliado en el sentido de reconocer á ciertas esferitas luz y atmósfera propias: la categoría de astros.

¡Ay del código civil! Adiós conclusiones sobre principios y fin de las personas, desaparición, incapacidades, tutelas, sucesión, culpas y prestaciones.

Las municipalidades tendrán que ser areópagos. La suprema necesidad, la estética. A

la fealdad tratarla como á la peste bubónica. A los que sólo con su figura ó su necedad golpean, hieren, maltratan, torturan, enferman, aniquilan y asesinan al viandante, reclusión hasta que demuestren que física y mentalmente son capaces de vivir en sociedad.

A los usurpadores del orgullo ajeno, pena de muerte en juicio sumario y sin apelación.

No sería difícil que por el progreso de las democracias y en bien de éstas, hubiese que restablecer en todas las repúblicas los privilegios del ciudadano romano, aunque por otras causas.

—¿Y mientras tanto?...—le dije al fin, como para iniciarle el regreso á la razón.

—¿Mientras tanto...?—replicó sin vacilar; —mientras tanto haga usted lo que he resuelto hacer: No viva usted en la ciudad, ¡huya al campo! Allí no recibirá tantos ultrajes.

Allí su flúido personal no estará siempre oprimido, invadido y desgarrado por los de miles de personas en cuyas radiaciones nerviosas vuelan puñales invisibles, como en racha de agujillas de hielo emponzoñado.

Aquí va usted tranquilamente por la calle, y sin contar con los bofetones que desde lejos, pero sin cesar, le dan en el alma las mujeres feas y los hombres antipáticos, usted tiene que resignarse á que en su atmósfera radiante respiren y hagan cosas peores los estultos y los necios, diz que porque el hombre nació para vivir en común.

En el campo usted siquiera puede dejar ondear al aire libre las dilatadas flexibilidades de su yo; y si otros seres le invaden su existencia, usted perfuma con jardines salvajes las llanuras de su desolación, ó borra con el acero solar los óxidos de sus metales sanguíneos, ó bruñe con esmeriles siderables los timbres del júbilo y los espejos opacos de la melancolía.

Las ideas que aquí nacen bajo el patrocinio de los eruditos, se escapan agresivas del cerebro, como buhos huyendo de los sacristanes entre las ruinas de un templo.

Allá los pensamientos nacen como redentores, con sus carnecitas de rosa perfumadas por el aliento de los burros y los bueyes... ¿A qué hora sale el tren?—dijo desapa-

reciendo de repente. Y yo me quedé como un autómata repitiendo en voz baja:

—Los eruditos, los burros y los bueyes.

Los eruditos..., los burros y-los bueyes...

HOMBROS Y ESCUADRAS

HOMBROS Y ESCUADRAS

En el declive de la colina se destacaba á lo lejos la mancha blanca de la carpa sobre el verdor del matorral.

Salvando médanos, zanjas y zarzales, alleguéme hasta encontrarlo.

Sobre un cajón de municiones mauser había una reglita, una escuadra y un papel lleno de rayas.

El autor de éstas, recostado en la arena, se incorporaba para mirar el campo en torno suyo, y meditaba y escribía.

—¿Un poema?—le dije, al abrazarlo.

—Ni más ni menos—replicó con viveza; pero poema moderno, no de palabras dulces, sino de piedra y hierro. ¿Qué le parece? Mire aquella avenida. ¿Divisa las tres plazas?

¿Ve aquellos bulevares? Esa es la calle San Martín, esa otra es Vélez Sársfield...

Y seguía empinado sobre el monte, mostrándome con el dedo una ciudad fantástica en la llanura desierta.

Antes de responder palabra, examiné el paisaje: En la cumbre de las sierras chispeaban los peñascales relucientes; en la pradera albeaban los rebaños; por entre las arboledas lejanas espejeaban las reverberaciones del Limay; y á grandes trechos, donde trabajaban los gendarmes, volaban sobre el monte los tajos de los sables en el aire cenital.

—«Campos de soledad, mustio collado»—le repuse al fin en broma; pero él no pudo ocultar su desazón, diciendo:

—¡Como todos! Quieren vivir al día. No ven el porvenir. No miran lejos. ¡Vea!

Y estrujando con nerviosidad el papelito de las rayas, me mostró en él las plazas, las avenidas, los parques y jardines de la capital del territorio.

—Aquí estamos nosotros—agregó, traspasando con la punta del lápiz el papel de parte á parte.—¿Ve usted?

Y dando un golpe firme con el pie sobre la arena, dijo:

—Esta es la gobernación, el punto culminante del valle, adonde convergen todas las principales avenidas.

Trasegando luego entre la carpa, salió desdoblando otro papelito y continuó:

—Este es el edificio: hall, oficinas, balcones, parque, jardines, etc.

Y al mirarle con asombro las pupilas, buscando en ellas el paisaje grandioso de su alucinación, vi tal firmeza en las miradas y tan vigorosa serenidad en su gesto, que principié á dudar de mí, llegando á convencerme de que yo era el ciego, el pueril, el que por limitarse á mirar en el espacio, no veía en el tiempó cuánto puede la *voluntad de la potencia.*

Yo fuí el alucinado.

De esto me convencí días después de aquella fecha, cuando desde los balcones del palacete oficial, veía surgir de entre el monte primitivo los muros audaces de una ciudad moderna.

Como enorme grillete de toda una raza aherrojada por la conquista argentina, elé-

vase sobre la confluencia del Neuquén y el Limay el puente más atrevido del país, el coloso de hierro con que la civilización agarró de la garganta á la barbarie patagónica.

De ese puente arranca el ferrocarril sus rieles con rumbo hacia el desierto, cruzando el pintoresco valle del Neuquén en que se asienta la capital improvisada.

De la estación terminal, ó sea del centro de la población á las famosas aguas del Limay, se recorren pocas cuadras.

Por arboledas que tienen menos hojas que zorzales, está oculto ese balneario inèdito, donde el caprichoso corte de las riberas y la vegetación excesiva de las islas forman las más extrañas combinaciones de remansos, grutas y corrientes.

Si los vaporcitos que remontan hasta Nahuel Huapí, ó los bañistas á la moda, ó los vascos chacareros, no ahuyentasen esas dríadas nativas ¡qué Arcadia!

El lado opuesto de la población tiene otra clase de belleza: Es la sierra granítica y dantesca en que el río Nauquén se apoya en su brusco salto, al abrazarse con el Limay para refundirse en el río Negro.

Las mesetas que la coronan tienen al pie la población y dominan, por un lado la confluencia de los ríos, y por otro las remotas resolanas, donde los borregos de los arreboles retozan breve rato antes de que la sombra los encierre en su redil.

En los perfiles de sus rocas persisten los gestos del cataclismo inmemorial, con variedad de fantasmas y torreones sugerentes de epopeyas sin cantor.

Al extraer de allí piedra de Hamburgo para la edificación, se han descubierto minerales y fósiles que hacen el recreo de los paseantes.

Las célebres violetas de los Andes, los lirios bárbaros, el liquen y la grama, perfuman ese inmenso balcón de los crepúsculos; que así podría llamarse esa colina deliciosa, de donde cada tarde se divisa hacia el poniente la fumigación suave del sol en los plumones flotantes de las nieblas, ó su crudo reguero de colores sobre los huracanes del cristal evaporado en los glaciares andinos.

En la época á que me refiero, las manza-

nas y calles de la población estaban apenas esbozadas por desmontes y estacas provisionales.

Los trenes llegaban cargados de familias pobladoras, cuya primera diligencia consistía en recibir de la gobernación su pedacito de terreno.

El jefe de familia, entumecido aún por la inacción del viaje, daba algunas vueltas exploradoras alrededor de su solar, y en el sitio de su elección se echaba con los suyos en la arena, desahogando al fin su pecho en un suspiro, de quién sabe cuántos años de fatiga y servidumbre.

Al poco rato humeaba allí el fogón campestre y se principiaba una excavación, que á los cinco ó seis metros ya brindaba agua potable.

Al lado de esos manantiales he visto cuál gozaban los colonos, sonrientes ante ese espejo subterráneo, como si en los burbujeos de la vertiente adivinasen las pulsaciones de su posteridad.

En las noches, los gritos fúnebres de los zorros y lechuzas se alejaban á la sierra, huyendo de las fogatas dispersas y de las can-

ciones difundidas en el rumoreo tembloroso de acordeones y guitarras.

De los hornos de ladrillo se escapaba un acre olor á tierra requemada, que con el exhalado por el pan moreno aderezado en los fogones, formaba un ambiente de rusticidad vigorizante.

Cuando no banderolas cosmopolitas, cada día se izaban en la altura manojos de bosque virgen, anunciando el techado de las nuevas construcciones. Un cordero, una damajuana de vino y unos cohetes, constituían esa salutación patriarcal á la vida independiente.

Toda esa exultación era corroborada por la danza de las mozas sobre el musgo tachonado de margaritas, que para un tahur sería amplio tapete verde, rutilante de esterlinas.

Apenas año y medio ha transcurrido desde el día aquel en que encontré á Carlos Bouquet Roldán bajo su carpa; pero como esos regocijos de techar casas se repiten varias

veces cada día, hoy ya tiene casi concluído *su poema*.

Donde blanqueó la carpa se eleva entre jardines un chalet; donde los rebaños ramoneaban al acaso, hay calles y avenidas sombreadas por centenares de robles, álamos y acacias; donde los cardos aguzaban sus espinas, los árboles frutales ya chupan á la tierra jugos dulces; donde los zorros merodeaban, se han instalado escuelas y talleres; y donde las lechuzas silbaron su tristeza, hoy desgranan los pianos y las risas de las niñas su alegría.

Casas de comercio, chacras, banco, oficinas públicas, hoteles confortables, club de esgrima, todo posee hoy la más recién nacida de las poblaciones argentinas, principiando á cumplirse la profecía del ministro González, cuando al fundarla saludó en magistral discurso á la grandiosa capital andina del futuro.

Pero uno de los que hace año y medio armaron rebufiña hostil contra ella, aun alegaba no ha mucho al Sr. Bouquet Roldán:

—Aquí no se puede vivir. Usted ha olvidado algo indispensable...

—¿Y es...?

—¡El cementerio!

—En primer lugar—dijo Bouquet,—aquí no admito moribundos; en segundo lugar, si alguien cometiera el adefesio de morirse, su ubicación está prevista.

—¿Dónde?

—Allá arriba; allá lejos; sobre aquella colina. Hemos resuelto que los que aquí se mueran suban á la tumba. Así quedamos bien: Nosotros junto al agua, y ellos cerca del sol.

AIRE VIRGEN

AIRE VIRGEN

Los poetas los primeros en darse cuenta de la importancia del aire. Las religiones, no teniendo nada más divino á mano, lo han hecho morada de los dioses.

Los ocultistas han visto en él lo único digno de ser visto: lo invisible. Los médicos lo han descuartizado en sus laboratorios, para hacerle la autopsia, llegando á la conclusión de que hay aire vivo y aire muerto, aire sano y aire enfermo, aire bueno y aire malo.

Se ha legislado sobre tal personaje, no obstante carecer éste de ciudadanía, de domicilio y hasta de persona visible. Con ley en mano se le cita, se le llama á declarar, se le comprime, se le castiga y se le vende. No se

le guillotina porque nadie ha podido averiguar dónde tiene la cabeza, pero el caso se ha dado, de que los artilleros lo agarren á cañonazos, cuando hace de las suyas con la lluvia, secuestrándola en exceso.

Los geógrafos ya se han atrevido á denunciar dónde nace, cómo vive, dónde duerme y qué avenidas, sendas y vericuetos recorre; pero él se ríe de esos ilustres chismosos, echando sus tropillas donde menos se esperaba y dando á los profetas de almanaque colosales bofetadas.

Como á los pájaros con mieles seductoras, ó á los hombres con bellezas apócrifas, le han aderezado la trampa cándida de las rosas náuticas, invitándolo á depositar el ritmo de sus alas y el secreto de sus hélices en la corola de una flor... Con razón que se ría de lo lindo á carcajadas. ¡Ofrecerle en cambio de su soberanía rositas de papel, ¡á él! dueño único de todos los jardines terrenales y celestes?

Pase eso por bufonada; pero cuando la pedancia de los hombres llega hasta enviarle bergantines de piratas para robarle sus pesebres y arrebatarle las riendas de su reino,

entonces sí que manda á cualquiera de sus jinetes para echar á pique á los intrusos.

Esa audacia no merece perdón.

No ha logrado toda la ciencia de los sabios averiguar por qué vuelan los pájaros, ni conseguirá el más atrevido de los hombres imitar á la más imbécil mosca, y ya se disparan á los cielos amenazando ornarse la solapa con las plateadas margaritas de la noche.

Háganse suficientemente ágiles y sencillos para tener derecho sobre la ley de gravedad, y entonces se les permitirá intervenir en las leyes de allá arriba. Son seres muy curiosos: se afanan por pesar lo más posible, honran y exaltan á la personas de «volumen», y sin embargo aspiran á la conquista de los aires. Si tales como son hoy la obtuvieran, no sería extraño que instalasen aduanas interplanetarias, ó que los porqueros de Chicago fuesen á acaparar constelaciones para poner allí salchicherías.

Primero que conozcan la atmósfera en que viven y después que pugnen por escalar otras mejores.

Y están muy lejos de ello.

Mucho dista la humanidad de aprender á respirar.

Esa es operación muy grave y seria.

Por allá en la India los faquires saben algo de eso...

Por aquí no hemos pasado del primer vagido.

Creemos que con aprender á comer mucho y á conseguir que otros no coman, ya somos dueños de la vida.

Ceñirnos una coraza de sebo, impermeable á los flúidos de la altura, he aquí nuestra victoria.

Al que comete el adefesio de mirar á las estrellas, desde algún punto que no sea un observatorio «oficial», lo atisban de reojo los prudentes.

Al que, siquiera sea en metáfora, menciona el «aire libre», le ponen vigilancia policial.

Sólo los médicos que pagan patente pueden recetar esa droga á sus enfermos, y eso en casos de extrema gravedad.

Ante tamañas injusticias, no hay por qué sorprendernos de que el aire sea hoy nuestro enemigo más temible. Los daños que nos

causa en las ciudades, son la reacción precisa de las ofensas que recibe.

Cuando no lo atacan es muy bueno, pero en la ciudad es un pérfido.

Sabe que lo temen y lo odian, y de ahí que sea agresivo.

Con la mejor voluntad del mundo se viene desde muy lejos á brindarnos vida en su enorme copa azul, y nosotros lo recibimos atrincherados en murallas y blindados con los despojos de toda clase de animales.

Se siente resistido, desgarrado, incomprendido y en su despecho brama, ruge y lanza sonrisitas alevosas y porfía y entra y mata.

Poderoso y flexible, apela á toda clase de recursos: ¿Sabe que en algún palacio soberbio se le desafía con pieles y felpas? No importa. Fisga el modo de colarse por algún balcón abierto, entreabre suavemente las cortinas, juega con los encajes y los flecos, aletea con sus alitas de vampiro sobre la frente de la víctima, la besa con malicia, le adormece las carnes con sutiles cosquilleos, y ¡zás!: una agujilla fulminante en los pul-

mones, ó una pildorita de bacilus Kock en la garganta.

No necesita expensas excesivas para enganchar en su servicio á las legiones de la muerte.

En un ágil paseo matinal por las calles bonaerenses, recoge en las ventanas de los hospitales y en los respiraderos de las alcobas, emanación humana suficiente para empozoñar á medio mundo.

El polen maldito de los besos acancerados en el labio rojo: el temblor incisivo de una música pulsada por viborillas de tedio: el aroma sexual de cloróticas azucenas comprimidas en mármol señorial: el gas acre y sofocante de los amores torturados por la sociedad en jaulas de oro: el vapor mefítico de corazones abandonados en la vida al fuego lento de la envidia: el humo de nervios recalentados en los hornillos del insomnio: el rugido del rencor, el bramido del egoísmo, el silbido de la sangre en fiebre, el estertor de la desesperanza y el arrullo triste de la vida opresa: todo eso brinda al aire de las ciudades sus contaminaciones ocultas, para ul-

cerar las carnes y vapulear los espíritus de los que no sabemos comprenderlo.

Vanos los amuletos contra la influencia del prójimo, inútil el brebaje multicolor de las farmacias, superfluos los reproches contra la mala suerte, pueriles nuestras quejas: todo estéril y absurdo, mientras no principiemos por aprender á respirar.

Si los que han muerto de asfixia pudiesen revivir, nos revelarían algo que ya debiéramos saber: que ninguno de los placeres de la vida es tan hondo y tan fino como el de la respiración.

El día en que seamos conscientes, no dará un salto el corazón sin que gocemos la delicia profunda de ese ritmo.

Hoy sólo los agónicos se dan cuenta, ¡oh muy tarde! de ese suave deleite.

Cuando haya tantos bebedores de azul, como los hay de cerveza, principiará la redención humana.

Entonces gozaremos el prodigio de ver brillar el sol en nuestras venas.

Y así como ahora, en las noches de verano nos refrescamos el alma con manojos de

jazmín, podremos aspirar el aroma blanco de la gracia en ramilletes de estrellas.

Eso pudiera ser más eficaz que la vara de los sargentos, para incitar á los hombres á llevar alta la frente.

Sería este un gran sistema de esquivar desengaños y microbios. En nuestra mirada se retratarían menos sabandijas y más astros.

Sobre todo, la raza no seguiría degenerando.

En vano los higienistas han declarado que la humanidad está sucia, y que la humanidad está infecta.

Nuestras precauciones no pasan de la epidermis: Buscamos corrientes de agua para lavarnos por fuera, pero olvidamos que sólo las de aire pueden lavarnos por dentro.

Nos invitamos á subir en automóvil para «tomar un poco de aire», cuando ya el aburrimiento no da tregua, y como pretexto para tomar un vaso de cosas peores en los cafetines de los parques.

El aire del paseo de Palermo, por ejemplo, es un perfecto farsante. Se cree muy aristocrático, como los lores ingleses, tan

sólo porque tiene parques y jardines, estatuas y caballos de carrera.

La humilde canción campesina de sus pájaros, huyó desgarrada por los rugidos de sus leones y el alarido exasperante de los trenes y automóviles.

Para estar bien á la moda, ya contaminó el suave y perfumado respirar de sus jardines con el ronco resuello de la gasolina nauseabunda.

Si fuera dado despojarle de sus felpas y equipos opulentos, y así desnudo se le examinara su pasado ¡qué horrores se verían!

Ni ahorcado en una de sus palmeras, compurgaría tanto crimen.

Sin contar sus viejas complicidades con el delirio trágico de Rozas, sin fin sería la lista de las infecciones infiltradas, y de los duelos, alevosías y clandestinos amores que ha encubierto.

Bajo sus afeites minuciosos, ese viejo libertino debe tener un cuerpo lleno de llagas y una conciencia muy negra.

En los días de soledad en el desierto, nada mejor para curar la nostalgia de Buenos Aires, que recordar el aire de Palermo y pa-

rangonarlo con el sencillo y fino de los campos. Y si es un aire joven é inocente como el que se respira en la región andina ¡qué enorme diferencia!

Parece increíble que uno llegue á tratarlo con tan ilimitada intimidad.

Es muy bueno y simpático. Los geógrafos todavía lo califican de salvaje, porque no lo han tratado bien de cerca.

Da gloria verlo despertar en plena cordillera, cuando salta de entre su enorme cuna de alabastro, y agita sus cortinas de neblina matinal y retoza un rato en las camisolas bordadas de la nieve y echa á rodar sus cuádrigas del ventisquero al valle.

Con sus risueños ojos siempre azules, rubio, lírico y blanco, más parece comprovinciano del caballero Lohengrin que mocetón indígena de Arauco.

Sus melodías tienen la frescura del agua virgen, de cuyos cristales eternos las arranca, y la transparencia de la voz de niño, no rota aún por las asperezas de la tierra.

La música que indudablemente el sol nos debe remitir en cada rayo, vibra tibia y fina en esos ritmos.

En todas sus escalas se oyen las voces misteriosas de la vida profunda: desde el rumorcillo infinitesimal de la semilla que se esponja y del insecto que grita proclamando sus amores, hasta el retumbo rotundo y franco de las tormentas del Pacífico, al chorrear luz de los senos desgarrados en las cuchillas de los Andes.

Cuando el «zonda» llega del polo sur bramando quejas de soledades sempiternas, en el estruendo de la borrasca no se oyen los clamores de fieras y las chirimías agrias del huracán en las ciudades, sino el canto llano de las selvas doblegadas, acompasado por crujidos kilomètricos, al quebrarse las atmósferas de hielo contra los bronces volcánicos.

En ese himno de fecundidades cósmicas, las únicas disonancias son los gemidos de esterilidad de las pizarras, de esas negras solitarias y desnudas, que chillan como perras enceladas, cuando el aire huye de ellas sin detenerse á fecundarlas. Forman coro á esos ayes las plegarias medrosas de los escoriales erguidos y enlutados como gigantescos frailes.

Al enredarse el aire en las obscuras cuen-

cas de esos rostros metálicos ó en los harapos de sus sayales rocallosos, diríase que cada monje, agitando su cíngulo de líquenes, pidiese todavía socorro contra el horror del terremoto, con su bronca boca de guijarro.

Todo lo demás canta y susurra himnos de fecundación.

El aire huye espantado de las rocas negras y de los monasterios pavorosos, para lanzarse en zarceo ágil por las sierras, arrebatando á cada médano de oro las ondulosas hopalandas y el tisú lentejuelado con que se exorna para ir luego á requerir de amor á la llanura.

Apenas raya el alba y las lagunas han apagado en el fondo de sus alcobas sus candelabros de estrellas, el aire va á besarlas con nerviosidades clandestinas.

El agua entonces tiembla de deleite, se sonríe, se estremece y se cubre de sus mejores encajes y de sus más ricas perlas. El aire la besa, la lame largamente, le tira puñados de oro en polvo, le regala collarcitos de hojas amarillas, y ella, para que no le oigan las locuras que contesta, empuja con

el codo á las totoras, para que éstas se hagan las que rezan y no quede pájaro indiscreto en las orillas.

En las praderas produce convulsiones histéricas.

Las sopla, las agita, las despeina, les levanta la falda, las doblega, les roba lo mejor de sus perfumes y huye dejándolas poseídas de vértigos de altura, bamboleando, pugnando por desenterrarse, zureando y cantando sus vidalitas de raso.

En las tardes doradas, como si el porvenir lejano de esas tierras le abriese sus paisajes de opulencia, se da á improvisar arquitecturas con las arenas que levanta en nubes hasta borrar el horizonte.

Todo lo puebla de torres de oro hirviente, de castillos grises, de cúpulas azules, de fachadas trémulas que brillan un instante bajo la resolana, para disiparse en humaredas cobrizas, vagueando breves momentos antes de irse á dormir.

Pero donde ese aire realiza sus prodigios de mago, es en su confluencia con la sangre.

Con sutilezas de orfebre incrusta puntos de luz en las pupilas del insecto, le instila el

esmeril fililí de los zumbidos, y en la más diáfana de las brisas de escarcha le elige el muaré vibrante de las alas.

Sus dedos invisibles, así reparten timbres de cristal entre los pájaros, como escardan y escarmenan los vellones del rebaño ó pintan puestas de sol en los plumajes.

Para el hombre reserva sus mejores esencias.

El que por primera vez siente penetrar ese aire en las arterias, experimenta una especie de deslumbramiento cerebral.

Con su aldabeo felposo y su pulsátil flabelación en los oídos, parece despertar de su largo sueño á las sonrisas de la infancia. En la boca se insinúa dulce y acariciante, produciendo en los labios cosquilleos de piel de fresas.

Su llegada al pecho finge alaciones de mariposítas eléctricas, en brillante fuga por las obscuras redes de los tegidos nerviosos.

Su masaje fruitivo dilata en los músculos mil acerados resortes de energía.

Los pulmones tienen distensiones de despertamientos entusiastas, como si cada uno

de sus átomos bostezase con delicia ante un manjar servido. La impresión de hambre se localiza en ellos.

Cerrando los ojos, cree uno ver en el corazón el incendio de los glóbulos, en chisporroteo jubiloso de ebulliciones irisadas, que exhalan al cerebro nubecillas de humo especular, lentes de ensueño.

El radio de la vida personal adquiere proporciones inmensas.

La conjunción misteriosa de la sangre con los flúidos cósmicos, produce choques hondos, tempestades internas, cuyo relampagueo ilumina de repente episodios de vidas prehistóricas ó mirajes de sucesos por venir.

Al inspirar á boca abierta y pulmón lleno, con atención y conciencia, ciertas brisas del desierto, siéntese la invasión de fuerzas telúricas profundas y de flùidos astrales muy remotos.

Las venas se dilatan con ardores de lavas subterráneas.

Los huesos sienten consistencia y temperatura de cuarzos ignescentes.

Los nervios se hinchan de ritmos con longitudes infinitas.

Los ojos se ciegan para lo cercano, pero descubren con nitidez extraordinaria los hilos de las fuerzas y los cauces de las savias, en un mundo de líneas y de formas nuevas.

Las estrellas filtran en sus reflejos manifestaciones psicológicas y sonríen con benevolencia de pupilas familiares.

Los oídos parecen romper en trizas la escala que conocíamos del sonido, para acostumbrarse poco á poco á sonoridades sorprendentes, donde se oye volar entre los ruidos de la luz y los roces de los átomos, la frase rítmica que corresponde á nuestro destino en la canción universal.

Los perfiles de la persona se esfuman. La epidermis se borra. La sangre se sostiene y vibra por sí sola, transfundida en el ambiente, con extensión ilimitada.

El yo estalla como un fósforo para identificarse con el azul del èter.

La sensibilidad se mece en el espacio, con serena gravitación de nebulosa celeste.

Las ideas acerca de ciudadanía legal desaparecen.

Las dudas acerca de la vida huyen.

La muerte deja de ser cosa terrible...

Para sentir y ver todo eso, basta con aprender á respirar.

AIRE ARTISTA

The art of any country is the exponent of its social and political virtues.

(Lectures on art).—Ruskin.

AIRE ARTISTA

No debe ser por falta de talento. Quizá sea por aquello de las tentaciones sobre el *cercado ajeno*; pero si así fuese, convendría confinar los artistas al terruño.

Pocos son los que en su obra manifiestan una reacción espontánea de su sensibilidad sobre el medio que la forma.

La tutela de Europa parece perpetuarse, sin admitir aptitudes para la emancipación artística.

Diríase que Sud América todavía está pagando vasallaje, á usanza antigua, enviando anualmente su tributo de jóvenes selectos al minotauro de ultramar.

De los libros que se publican por aquí, tal vez sólo un diez por ciento son nativos.

Los demás son extranjeros: pertenecen á países muy remotos ó á tierras que jamás han existido.

La Arabia y la China, por ejemplo, no sospechan cuántos cantores entusiastas tienen en estas latitudes.

Por la mágica virtud del consonante, muchas de nuestras damas quedan de repente convertidas en japonesas amorosas.

Provincianos que ni siquiera han llegado á Buenos Aires, viven *boulevardeando* entre bosques de algarrobos.

Difícil sería convencer á algunos de que la calle Florida no es la rue de la Paix.

En los talleres de nuestros pintores predominan los cielos extranjeros y los rostros de grisetas parisienes.

Nuestras estatuas, aun las de los criollos más representativos y raizales, sestean por ahí en los parques, bajo arboledas forajidas, ostentando carnes griegas, cuando no cabezas de bellota.

Todo esto no sucede porque aquí se carezca de modelos propios, sino porque los hábitos de coloniaje pueden todavía más que la decantada independencia.

Aun no ha tomado la raza posesión absoluta de su tierra. Aquí arrinconada en Buenos Aires, parece poseída de terror supersticioso por los cataclismos volcánicos de la cordillera ó por los huracanes empenachados de crines y de flechas en las pampas.

Pasadas las tragedias de la lanza indígena y del trabuco peninsular, los deudos seguimos guardando luto riguroso, sin atrevernos á registrar las gavetas de los abuelos ni à revisar siquiera el sitio en que expiraron.

El placer dentro del propio domicilio es mal visto. Se cree indispensable ir á gozar á Europa, como si las bellezas de aquí fuesen prohibidas.

Aun los que tienen afición al aire libre, prefieren ir á buscarlo á otras naciones, desdeñando èste de la Patagonia, saturado por dos mares, retemplado en los cráteres, perfumado por el trópico y servido en las irisadas copas de cristal que bruñe el polo.

Fuéranse anualmente nuestros artistas á esa región cordillerana, y el arte nativo florecería en originalidades sorprendentes.

Sea debido al estado higrométrico del aire,

ó á la refracción del sol sobre las nieves, ó al brillo metálico de la polvareda en suspensión, el hecho es que tales atmósferas tienen su belleza peculiar, cuya revelación podría labrar la celebridad de los pintores.

Resuélvanse éstos á compartir con los colonos de vanguardia el pan moreno del fogón improvisado, y ya serían recompensados con creces en la dulzura interminable del ambiente y la opulencia sin fin de los paisajes.

Su sangre pasaría por el tamiz lustral del aire virgen, ganando no solamente pujanza fisiológica, sino el brío necesario para redimir el pensamiento de las dictaduras escolares.

La vida en el desierto reacciona contra las opresiones ejercidas por las multitudes sobre la individualidad. Entre tanta grandeza se ve uno diminuto con relación al universo, pero se agiganta con relación al prójimo. La atmósfera personal ondea libremente, sin más roces que los de las sedas del aire y los del brillo del sol.

La misma soledad influye en que el sentimiento deje las miserias humanas, para tor-

nar á la armonía con el corazón eterno de las cosas.

Ese regreso al alma cósmica inspira prepotencias de soberanía individual, que al restablecer el hilo directo entre la sensación y el pensamiento, afianzan la fe en sí mismo é incitan á la audacia de la sinceridad.

Caída así de repente la venda pedagógica, se abre para las pupilas un mundo nuevo, donde la luz asombra con su infinita variedad de escalas, y donde el aire se revela con sensibilidades propias, como si estuviese henchido de fuerzas encendidas y de corazones palpitantes.

Fácil es suponer que en tal estado de ánimo, no hay necesidad de pedir prestadas las pupilas al Ticiano, para entender todo lo que dice una aurora en sus gradaciones desde el negro carmesí hasta el blanquecino rosicler.

Soltar las riendas sobre el cuello del caballo, dejar que éste marche paso á paso ramoneando tallos tiernos, y cruzarse uno de brazos para que desde la cumbre nevada de una cordillera remota se le venga encima un

diluvio de colores, es una delicia que si no fuera andina, podría llamarse olímpica.

La nariz se dilata respirando las flores silvestres macceradas por la tropilla, y uno cree que ese perfume proviene de los miosotis y violetas dibujados por un rayo crepuscular en el abanico de nieblas de una sierra.

Se vuelve la boca agua de repente, y no es porque uno se haya acordado del naranjado proverbial del Veronés, sino porque el apetito se despierta goloso, ante un melón kilométrico, rebanado en mil pedazos sobre la colina por un reflejo de plata.

Una especie de fiebre ascencional se apodera del espíritu, al sentirse éste requerido desde arriba por incitaciones punzantes.

Sobre la zona de verdes vagos en que se extiende la llanura, se destaca el rosa osbcuro de las barrancas, para seguir ascendiendo en franjas de rojo ferruginoso, violeta humeante, azules turbios, celestes clarificados, hasta dibujar con blanco leal de nieve iluminada, esa línea misteriosa del confín, tras la cual se van los ojos á mirar seres ausentes y soñaciones lejanas.

De algún rincón del horizonte llegan á la

sangre dardos vivos y cálidos: pinceladas rojas como el labio mordido en un exceso, al lado de encajes destrozados y de madejas de oro en ondulación de cabelleras rubias, todo desvaneciéndose en palideces de mejilla joven, hasta diluirse en el perfil lilial del hielo, rico en curvas de senos y gargantas.

Al reflejo oblicuo del ocaso, el hielo romboidal de los volcanes, se convierte en gigantescas pantallas de cristal, donde la combustión del oro interno imita en la gradación de sus matices todas las agonías y desmayos de la tarde. Los enormes bloques blancos se enrojecen un instante, para licuar después sus vermellones en tonalidades de fresa azucarada. La nieve tierna llega á veces á reproducir el rosado desvanecido de la carne núbil, velado por el traslúcido lino de una blusa; y al fin toda la montaña se uniforma en un tinte provocativo de miel nítida y clara.

La neblina tejida en la superficie de los lagos, baja de cumbre en cumbre con abandono de sonámbula, porfiando por cuajar otra vez entre las sierras las nubes del oro

evaporado durante el día en las minas asoleadas.

Cuando no queda sino medio disco de sol visible de este lado de los Andes, las transiciones de luz son infinitas. Parece que todas las líneas del paisaje se confundiesen y borrasen reflejadas en la hondura de un espejo giratorio. Donde estaban las felpas rojas y las carnes blancas sugiriendo los misterios de una alcoba, se encuentra la mirada con una caverna de ceniza humeante; los estanques rizados por cisnes blancos se transforman en cejas de tiniebla con inmóvil tristeza de lechuzas; y donde el nácar de una nube había perfilado la cadera de una ondina, surgen melancólicos remansos de mercurio.

Cuando el sol ha realizado su tramonto, circula por el cielo una convulsión de calofrío, que va desvaneciendo en gasas de carmín humoso y gris violáceo los grumos intensos que flotaban en lagunas cremosas y azufradas.

Los montes lejanos adquieren un tinte negriazul, que sobre una atmósfera de perla, recalca las sinuosas cintas del confín.

Y es en esa hora de la cordillera, cuando los escultores debían ir á descubrir líneas potentes y á sorprender, para transmitir á sus estatuas, el gesto auténtico que la eternidad hace á la vida.

En los perfiles del volcán «Antuco», por ejemplo, sorprenderían el secreto artístico de la suavidad en la grandeza.

En el cráter desgarrado del «Copahue», encontrarían cuevas dolorosas para todas las tragedias.

En las jorobas joco-sublimes del «Domuyo», copiarían líneas inéditas para esculpir la tristeza enorme de los grandes en las soledades de la altura, y las humillaciones de la fuerza bruta ante las agilidades de la gracia azul.

Desde la cumbre del «Tromen» verían en el curso del río Neuquén la majestuosa ondulación de la libertad en el desierto.

En los repechos de Ñorquín á Trolope, se asombrarían mil años entre el laberinto de escoriales, que más parece selva milenaria de encinas petrificadas en un momento de huracán.

Es incalculable el movimiento contenido

en esas rocas atónitas. Cualquiera de ellas dice epopeyas seculares, y podría ser modelo para el pedestal de cualquier gloria. Sobre la cabeza del viajero se asoman peñas tiradas boca abajo sobre la cordillera hacia el abismo, y que al ser vistas contra el fondo errante de las nubes, parecen oscilar en inmenencia de derrumbe.

Escoriales de diversas estaturas, hasta de treinta metros, obstruyen el caminito hacia la cumbre en actitud de guerreros medioevales con armadura de guijarros y penachos de líquenes agrestes. De las cuencas profundas de sus ojos de piedra, se escapan terribles pensamientos en bandadas de águilas nerviosas.

Son de ver allí las combinaciones de líneas atrevidas, donde la belleza surge del equilibrio recóndito entre el esfuerzo muscular y la serenidad del heroísmo.

En la anatomía de esos gigantes no hay vigores de hombre sino pujanzas de pueblos; ni en sus gestos lúgubres se lamenta un corazón sino ruge dolores una raza.

Y si los nervios del viajero resisten la luna y los bramidos de la noche en ese sitio, pue-

de continuar su viaje en la seguridad de haber vivido siglos en un rato.

La inmediación á las estrellas espanta. Los dragones de hielo mueven sus escamas bajo mil flechazos tenues.

Sobre las manchas de nieve se deslizan como sudarios impalpables las sombras de las nieblas.

El aire de porcelana estalla en trizas contra el filo de las rocas.

El fondo de las cavernas se ennegrece, pero sus dentaduras resaltan con fulgor amarillento. Los buhos alineados sobre los hombros de las estatuas, llevan de roca en roca mensajes misteriosos.

La claridad lunar tiembla sobre la armadura de esos fantasmas, y así acentúa la obscuridad caótica de sus andrajos, como les enciende los alamares fosfóricos que sobre el terciopelo de los musgos ha dibujado el fiemo de las aves.

Las ráfagas agitan los penachos y hacen temblar la lividez ambiente.

El viento, al regar ceniza sobre las úlceras de lava, arranca á cada bulto quejidos de mujer atormentada.

Los centinelas de piedra exhalan resoplidos de cansancio. El ruido de los guijarros desprendidos por los tropezones del caballo, parece suficiente para romper los equilibrios y provocar el derrumbe irremediable.

Todo allí se impone como símbolo; toda línea tiene su secreto que contarnos.

Y no se diga que no vale la pena de sentir esas angustias, y que mejor es quedarse en la ciudad bajo los techos rampantes: ¡No! Porque esas inquietudes y visiones del arte, son lo único que vale la pena de tolerar el tedio de vivir entre los hombres.

Y si los señores industriales tienen que demorar en la metrópoli cultivando sus dineros, corresponde á los artistas ir á explotar esos tesoros y á tomar posesión de aquellos cielos.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 15 03 02 008 4